

**CRÓNICA DE LA
"CENA JOCOSA"
DE 1994**



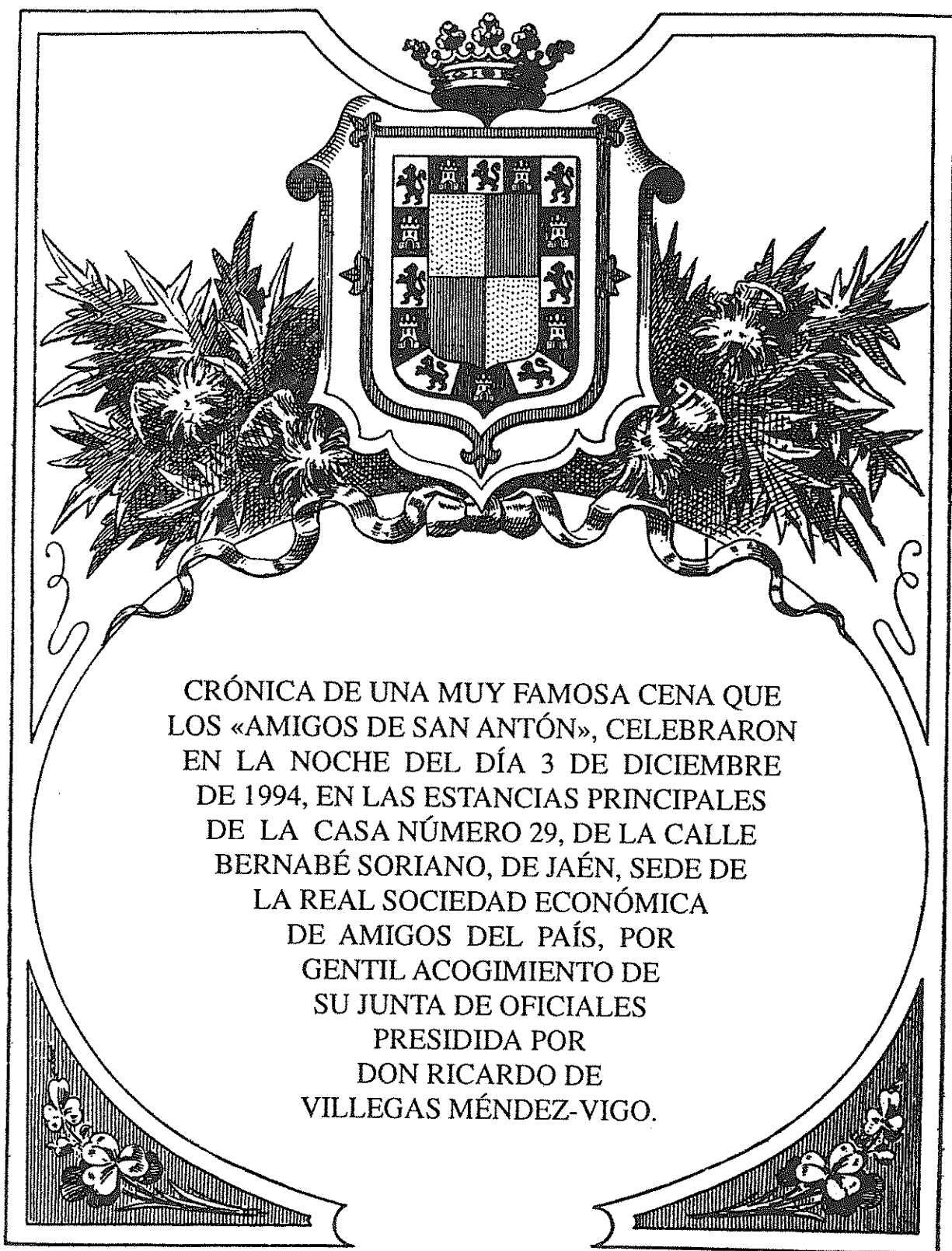
**AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN**



EJEMPLAR N.º 4

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Pere



CRÓNICA DE UNA MUY FAMOSA CENA QUE
LOS «AMIGOS DE SAN ANTÓN», CELEBRARON
EN LA NOCHE DEL DÍA 3 DE DICIEMBRE
DE 1994, EN LAS ESTANCIAS PRINCIPALES
DE LA CASA NÚMERO 29, DE LA CALLE
BERNABÉ SORIANO, DE JAÉN, SEDE DE
LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA
DE AMIGOS DEL PAÍS, POR
GENTIL ACOGIMIENTO DE
SU JUNTA DE OFICIALES
PRESIDIDA POR
DON RICARDO DE
VILLEGAS MÉNDEZ-VIGO.



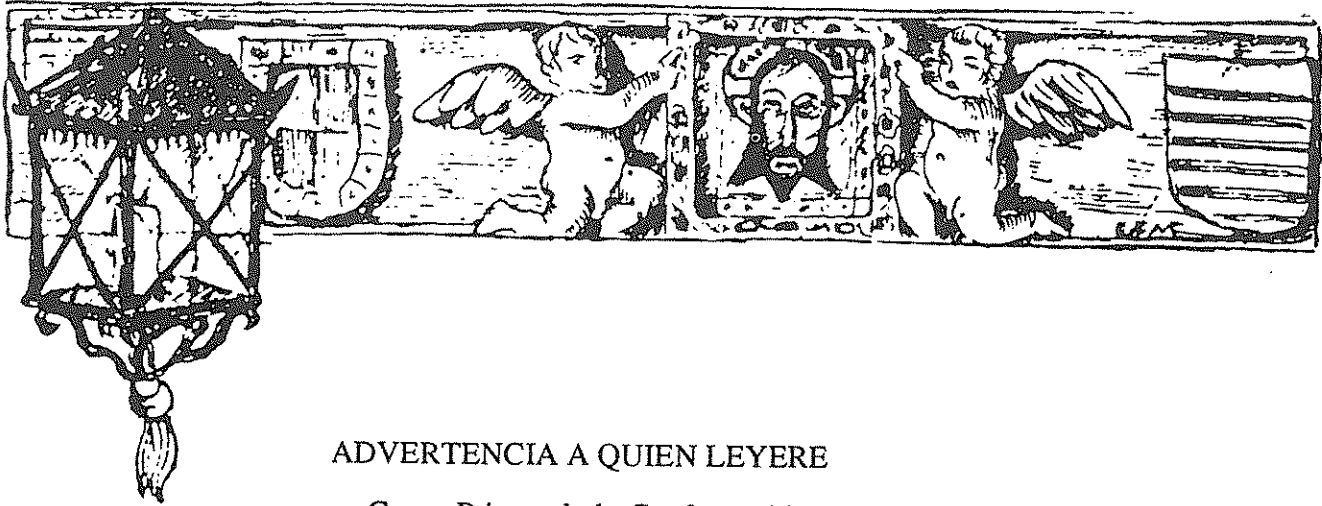
SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a dieciséis días del mes de septiembre de mil novecientos noventa y cinco, se concede al señor DON IGNACIO AHUMADA LARA, Miembro de Honor de esta Confraternidad, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha licencia de impresión y privilegio por un año.

SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en..... reales por página, lo que hace..... reales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día dos de octubre de este año de gracia de 1995.



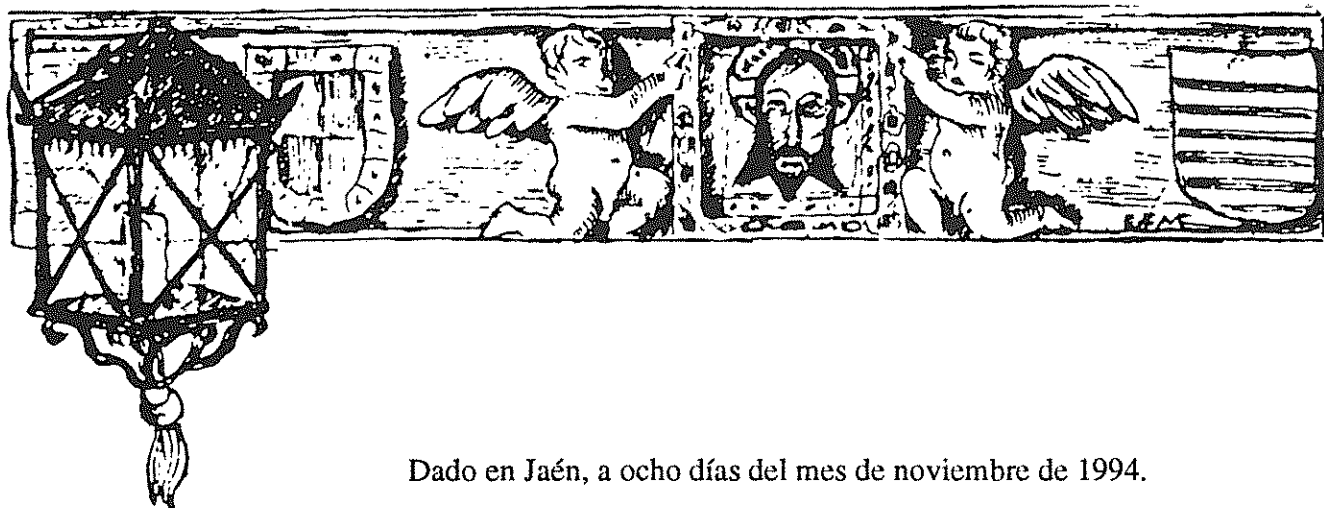


ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad «Amigos de San Antón», debo manifestar, que en la noche del día tres de diciembre de mil novecientos noventa y cuatro, pasado que había sido el toque de ánimas y, estando reunida la dicha Confraternidad, así de miembros de Número como de Honor, en estancias principales de la casa número veintinueve de la calle Bernabé Soriano de esta ciudad de Jaén, sede de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, leí cierto papel cuyo tenor es el siguiente:

Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación «Amigos de San Antón», estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día veintinueve de septiembre de 1994, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otros acuerdos se adoptó el siguiente:

«Vistas y examinadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor, miembro de Honor de esta Asociación, DON IGNACIO AHUMADA LARA, se conviene por unanimidad que le sea comunicado el deseo de que sea el Cronista o Relator, del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1994, que ha de tener lugar en la noche del día tres de diciembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica, un fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, para su constancia a la posteridad».



Dado en Jaén, a ocho días del mes de noviembre de 1994.

Una vez que fue leído el dicho papel, mandé comparecer al dicho DON IGNACIO AHUMADA LARA, a quien hice con la solemnidad debida las preguntas de rigor:

—Muy honorable señor DON IGNACIO AHUMADA LARA, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA, de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina de 1994?

A lo cual atentamente respondió el referido DON IGNACIO AHUMADA LARA:

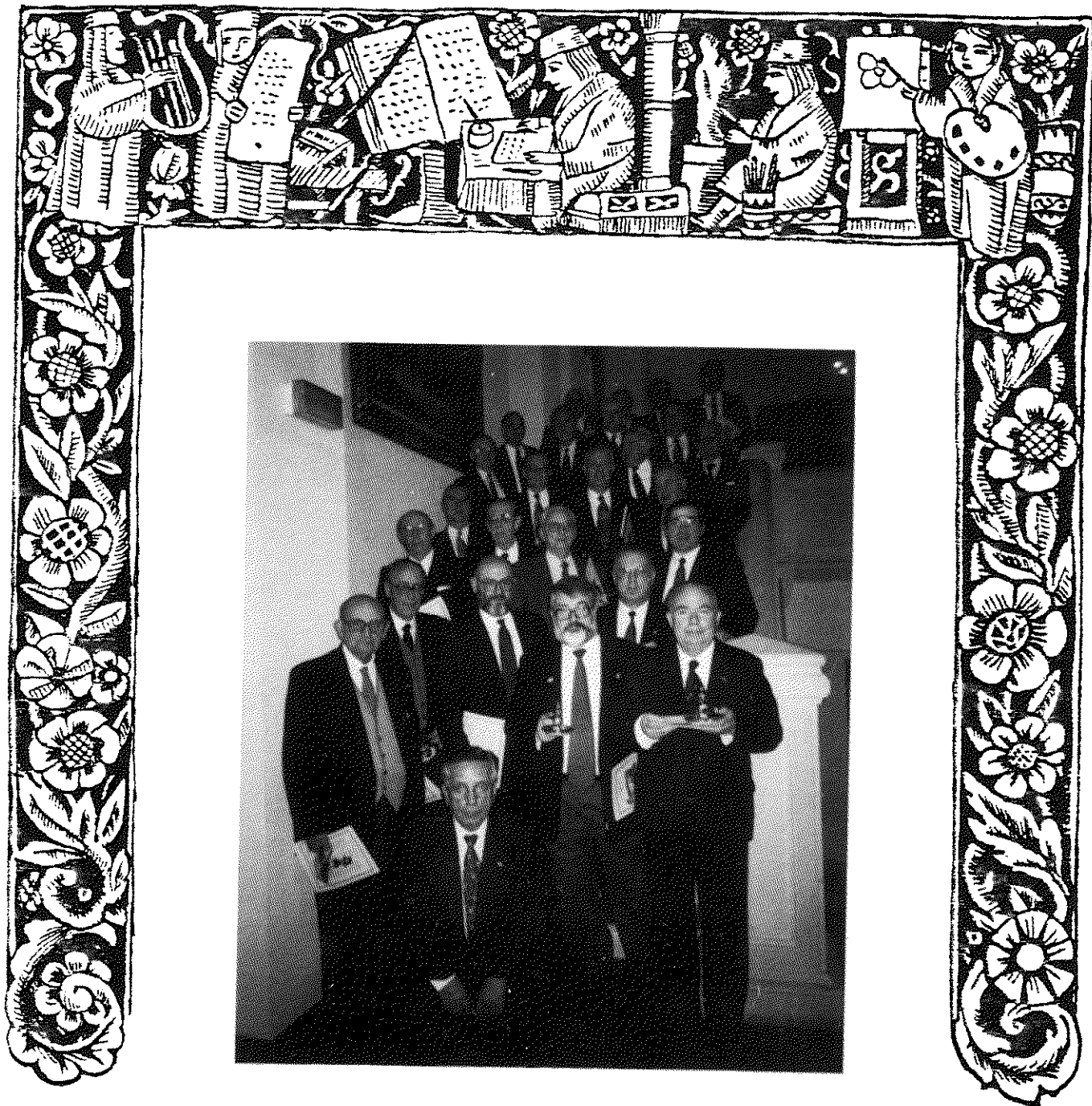
—Si, lo soy.

A lo cual yo como Prioste manifestéle:

—Complacidos agradecemos esta aceptación, y os encarecemos y exhortamos a que sin demora ni delación alguna comencéis en el encargo, entregandoos para ello el correspondiente recado de escribir.

Aceptó el tal DON IGNACIO AHUMADA LARA el recado del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



Asistentes a la Cena de 1994

Juan Cuevas Mata, Miguel Calvo Morillo, Felipe Molina Verdejo, Manuel López Pérez, Antonio Martos García, Francisco Olivares Barragán, Julio Puga Romero, Pedro Jiménez Cavallé, Antonio Catena Ramiro, Luis Armenteros Basterrechea, León Herrera y Esteban, José María Pardo Crespo, Juan Higuera Maldonado, Alfonso Parras Vilchez, José Casañas Llagostera, Fernando Lorite García, Vicente Oya Rodríguez, Ricardo de Villegas Méndez-Vigo, Antonio Martínez Lombardo, Enrique del Castillo Rodríguez-Acosta, Diego Jerez Justicia, Ignacio Ahumada Lara, Luis Coronas Tejada, Juan Esilava Galán, Pedro Casañas Llagostera, José Chamorro Lozano, Angel Viedma Guzmán, Juan Castellano de Dios, Antonio Casañas Llagostera.

CRÓNICA DE LA CENA JOCOSA O DE SANTA CATALINA DEL AÑO 1994

Hasta que no supe de Bilbo Bolsón de Bolsón Cerrado —hace algo más de veintiséis años— creí que las grandes hazañas, las aventuras prodigiosas, las proezas en la raya de lo imposible y otras maravillas, pero todas ellas creíbles, eran de exclusiva competencia del género humano; todo lo más, virtud de animales prosopopéyicos en algunos cuentos infantiles o en las versiones a lo divino de W. Disney. Hasta entonces no supe de la existencia de los «hobbits», personajes de estatura algo mayor que la de los enanos, de grandes pies y orejas puntiagudas, cuya vivienda era un agujero en el suelo. J. R. R. Tolkien me invitaba a un mundo singular —por desconocido— que me permitiría al poco tiempo comprender el verdadero sentido de la literatura, su incontrolable poder creativo y el principio taumatúrgico que la rige.

En las lecturas previas a *El Hobito*, las historias imaginadas me habían forjado héroes a los cuales sólo los diferenciaba del común de los mortales su desmedida intuición para luchar contra «los míos enemigos malos». Se pasaba con tal vertiginosidad de una batalla a una celada, a una traición o a un degüello que apenas si quedaba tregua para viñetas con las bromas de Crispín o con las pantagruélicas comidas de Goliat. Con el paso de los años vine a comprender, además, que aquellos héroes luchaban por alcanzar muy nobles y muy altos ideales. Con este mundo de ilustraciones apaisadas y diálogos de concisión insuperable, se daban la mano los personajes de J. Swift, de J. Verne, de R. L. Stevenson y algún otro (una sola lectura de E. Salgari bastó para no incluirlo de mi devocionario). ¡Unos y otros se me hacían tan reales! El Apolo XIII y la televisión redujeron a la nada los sueños de Swift y los demás visionarios decimonónicos.

De oído, cómo no, estaba familiarizado con magos, brujas, hadas, enanos, niños abandonados, manzanas dizque letales y otras atrocidades. Cierto es que ante tanta maldad, y justo en el momento de las más grande desazón, un *deus ex machina* permitía sacar a una anciana del vientre de un lobo, despertar del sueño de los justos a una

princesa o que un par de zapatos elevara la humildad hasta el regio sitial, lenitivos estos que ayudaban, en el estupor del recuerdo, a conciliar el sueño de aquella noche. ¡Qué descanso me procuraría años más tarde José Agustín Goystisoló! Y ello a pesar de mantener —una vez más— el bien y el mal enfrentados.

Son ritos iniciáticos que nada tienen de extraordinario. Todo lo contrario, son comunes a no pocos aficionados a la lectura, pero de tan agradable memoria y recomendación que incluso no deben olvidarse para conocer y seguir el rumbo de esta historia.

El entonces incipiente mundo de Tolkien despierta en mí un obsesivo interés por conocer la Edad Media. ¿La Edad Media? Bilbo Bolsón había nacido en el año 2890 de la Tercera Edad y no siguió viaje hasta las Tierras Imperecederas hasta la edad de 131 años, una vez finalizada la Guerra del Anillo. El tiempo de Tolkien no me importaba. El maestro había extendido la cronología para dar cabida a su desaforada imaginación. Se trataba de un tiempo literario. Para aquel bachiller las aventuras del hobbit y los enanos transcurrían en los siglos oscuros, en los siglos de la magia, de la superstición y del triunfo de las religiones monoteístas, en el osario —según decía mi manual de historia— de la brillante cultura grecolatina. Tan familiares como la meseta castellana, santa Gadea, la conquista de Valencia o el episodio del león se me hicieron la Tierra Media, Rivendel o Comarca. *El Hobito* despertó en mí tal voracidad lectora sobre aquellos mil años que a punto estuve de orientar mis estudios universitarios por derroteros más diacrónicos que sincrónicos, más humanos que lingüísticos, aunque sea la lengua la marca más específicamente humana. Esta deslealtad, creo, me valió perder aquella edición argentina tan de mi aprecio. ¡Gandalf!

El mundo imaginario de Tolkien ensombrece cualquier otro escenario mítico creado por la literatura, ya sea Yoknapatawpha ya Macondo —por citar sólo otros dos amores—. En Arda todo es inventado. Eru el Único escribe una historia de 37.067 años. La sola descripción de su geografía, de su flora y de su fauna, de sus etapas de formación y desarrollo, del agujero hobbit, del palacio de Rivendel, de la creación de las diferentes razas y lenguas... la sola construcción de todo este escenario para que orcos, trolls, elfos, enanos, hobbits y hombres actúen merece la gloria literaria. El medio físico y social está trabaja-

do tan minuciosamente que el universo creado por el prodigio del autor no se le rebela, no impone actitudes tribales a los protagonistas, no obliga al autor a imaginar situaciones, diálogos y personajes que le son detestables o monstruos que no ha soñado, imposiciones estas que en otras historias acaban por desmerecer al maestro de la letra y de la imagen.

¿Acaso Tolken no cuenta con antecedentes literarios y fuentes probados? Sin duda. T. A. Shippey lo demostró.

¿No será que mi idolatría por la Edad Media mana de su capacidad para inventar, de la carta de naturaleza que se le otorga a la mentira, de la entronización, al fin, que se hace del arte de la mendacidad?

¡Y qué decir de los siglos venideros! ¿Acaso durante el Renacimiento no se levantan del osario griegos y romanos? De un hachazo de Hefastos a la cabeza de Zeus mana Atenea, y con ella la lechuza, el olivo y la higuera:

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos qu'el oro escurecían.

El tiempo nuevo recupera aquello que sólo estuvo dormido, la vida imaginada que no dejó de desperezarse durante todo el milenio oscuro, oscuro de luz mediterránea, mas no por ello menos refulgente que el mundo clásico. El humanismo recobra la realidad inventada en los siglos postreros. A un milenio de esoterismo germánico siguen centurias de esoterismo griego con el aderezo romano. Y en España, por aquello del Islam, vergeles geométricos y largas noches de luna blanca.

El punto de equilibrio —no podía ser de otra manera— lo había puesto la escolástica al reinterpretar a Aristóteles. El advenimiento de Platón otorga el estatuto de racionalidad al proceso. El mundo fingido es divertimento de desocupados, cuando no de ingenios desabridos. No fue suficiente el freno:

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
—media luna las armas de su frente,
y el Sol todos los rayos de su pelo—,
 lucinte honor del cielo
en campos de zafiro paze estrellas.

N. Copérnico y G. Galilei, R. Descartes y F. Bacon, sus discípulos, algún clérigo rebelde y no pocos conversos quieren constreñir al hombre, someter el espacio soñado y encerrar el alma en la razón. Todos encaminados hacía una lucha con denuedo para que el hombre vuelva a sus orígenes, a la mesura. Una inmensa legión mandada por Magín Inope pretende consagrar a Anteo en templos, mezquitas y sacristías, son los varones agradecidos a Gea, los enemigos de Hércules, el libertador. Todos en decúbito prono reciben la savia y acrisolan la sabiduría milenaria del *homo erectus*. Así da comienzo el libro famoso:

El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada uno piensa estar tan bien provisto de él que aun aquellos que son más difíciles de contentar en todo lo demás, no acostumbran a desear más del que tienen. En lo cual no es verosímil que todos se engañen, sino que más bien atestigua ello que el poder de bien juzgar y de distinguir lo verdadero de lo falso, que es lo que se llama el buen sentido o la razón, es naturalmente igual en todos los hombres.

¡Fiat lux! La razón vino a ceñir la sien del tiempo. Se acabaron las transportaciones mágicas, los diablos embotellados y el prelado negociador; el lagarto, la sierpe o el dragón —uno en tres o tres en uno— vuelven al vientre del cerro que los pariera. Las luces de la razón iluminan la ciudad y el resplandor alcanza a todo el reino. El saurio se convierte en símbolo de la gesta agónica por la identidad; ostentarlo supone negar la sabiduría, la cordura, y con ello negar el nuevo orden. El saurio queda estigmatizado. Esta tierra de frontera debe abandonar los romances y los mundos ignotos para abrirse al sentido común, a Condillac, a Diderot y a d'Alambert, debe permitir la mirada de Rousseau y algunos apuntes de Voltaire; por el contrario —por aquello de no perder la idiosincrasia—, queda desenterrado un obispo y andan de litigio con sus herederos. ¡Ha llegado la Ilustración!

El nuevo orden dotará al hombre de la dignidad que el tiempo pretérito le ha negado, lo encauzará hacia el bienestar, procurará hurgar en su esencia y sacarle el máximo partido a sus cualidades; el nuevo orden señalará el camino recto y aniquilará a los falsarios de la historia, a los inventores de mundos fabulosos, a todo individuo con influencia deleterea en sus congéneres (el *dolo pio* debe castigarse): la terca renuencia de quienes nieguen las bondades de la Ilustración supondrá persecución y condena.

Ripios para la Cena

San Lucas ya es llegado
y como es presagio,
muira he recibido
que mucho me ha alegrado.

¿Que quiero me la "sacabidri"?
Caballero muy cabal
que dió principio a buen verso
con un: "En Jaén donde residí..."

¿Que todavía no has caído?
¡Voto a tal!
Don Lope de Sosa ha sido.
Como siemp'a, puntual.

Que aunque algo aducano
por dolencia y calores,
siempre tuvo el gesto hermoso
de enviarme oraciones.

Decida de forma cumplida
y en castellano ancestral,
resuelta a esta Ciudad
que la cosa está al llegar.

¿Que de qué cosa he hablo?
¡Vilana Dios como está!
¡Por ventura nunca oíste
esta Conferencia?

Amigos de San Antón
se intituló la tit.
¿Que qué tiene por misión?
Escucho y aprendo.

La tatar que se impusieron
en su misma fundación,
de vivir por esta tierra,
su cultura y tradición.

Y asín de varias revistas
de muy amplia difusión,
organizan conferencias
un jueves sí y otro no.

Donde las letras, las ciencias,
leyendas, investigación...
se explican a concurrencia
que escucha con devoción.

Otraí díenes por norma
cuando Sta. Catalina llega,
de organizar una cena
que ya se ha hecho famosa.

Donde andén homenaje
de cumplida atención
a todo aquel personaje
que a Jaén visitó.

Y de ahí la citación,
que Don Lope, conculido,
envía a nuestra atención
¡Es tan gentil y cumplido...!

Amén de daros consejos
de cómo se prepara el cuerpo
para copioso pasar,
nos pide ser circospectos.

Que no es bueno exagerar
en lo de andargu bienar.
Hay que saber frenar
antes que tarde, a tiempo.

Claro que es un subico
ver mesas tan preparadas
y ponerlo tan abego
a hambres tan desahadas.

Más, como la noche es larga,
frangullos, populos a poco,
tán quedando en manel
alguna que otra migaja.

Y entre con y rol,
bichago de alta prestancia.
Se produce intervención
que desde Jaén nos habla.

"Díndole" al condumio
que preparó el manesalá,
sin sentir, en un trí,
vos llega la madrugada.

Y con varlopiata voz
que la asociación reconozco,
cambiamos el himno a Jaén
que es hitzo que lo enaltece.

Acabada que es la cena,
nos iremos despidiendo.
Lo fuamos con señalar
no exento de cierto pena.

Que es noche de no olvidar.
De riumar su recuerdo
y sopera con asustedad,
el repert del evento.

Que el "Ciudad Portuquela"
fita y cocoo mutilar,
plumará en el papel
lo que dice su sefior.

Y nos vuelve a citar
para celebrar otra cena
donde volvernos a juntar
con mucha alegría, y algo de pena.

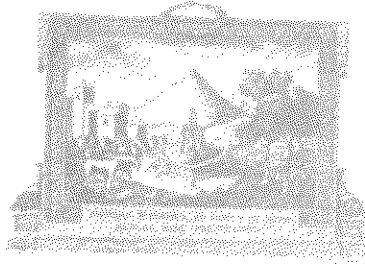
Que de un tiempo a esta parte,
fito, algún que otro confredo.
Con nosotros, no andá,
pero la cena comparten.

Can que tí, felis mortal,
que has recibido mierva,
pon a punto ta barrita,
Se avocan un trasogar...

Como broche final
a tan alameda cena,
cántico se escribió
de cuando allí acontezera.

"Y díete bús la cosa..."
des'escrito el poeta
quedando, en buena letra,
crónica, de nueva "Cena Jocos".

Cena de Santa Catalina 1994



Amigos de San Antón Jaén

En el solar que quedó entre La Carrera y la Plaza del Mercado, por la demolición de la Casa de Comedias, coloso construido allá por 1874, se levantó en el año 1918, el edificio de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Tras largos y provechosos periodos de acertada gestión, ajustada básicamente a los principios que la inspiraba, tuvo durante muchos años una notabilísima repercusión social y docente a la ciudad de Jaén. Por el paso del tiempo, a más de algún que otro abandono, se fue quedando el bello edificio, llegando a demolerse en la década de los años setenta.

En unos meritorios intentos de recuperación de la Real Sociedad Económica y después de laboriosísimas gestiones por parte de la Junta de Oficiales, que en precaria situación actuaba hasta sin domicilio propio, en el año 1987, se inauguraron las instalaciones que hoy albergan a tan tradicional y juenera institución.

Coincidiendo con el bicentenario de la publicación de la obra del ilustrado Doán Dr. José Martínez de Maza: "Retrato al Natural de la Ciudad y Término de Jaén", obra precisamente dedicada a este noble patrimonio cultural, a más de su desleña intervención como inspirador de la fundación de la misma en nuestra ciudad, y con ocasión de los actos que el efecto se programan por esta entidad, la Asociación Amigos de San Antón, celebra la Cena Jocos o Cena de Santa Catalina, de 1994, con especial dedicación a tan señalada efeméride, en estancias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, la noche del día tres de diciembre, pasado que sea el toque de ánima.

CONVITE DE ENTRADA

Almendras saladas.
Garbanzos tostados.
Aceitunas de Cornezuelo.
Patatas fritas de "Oya".

Queso Manchego añejo.
Jamón Curado, de Charilla.

Morcilla de Los Villares.
Chorizos Serranos.

Lonchas de Lomo Ibérico.

Cerveza "Alcázar" Premium.
Vinos Finos y Manzanilla.
Refrescos varios.

CENA

Caldo de "gota", aviado.
Filetes de Lengüado, en Salsa guarnecida.
Ternera Asada, con Menestra de verduras.

Vinos de Bailén:
Blanco suave "Amanecer Andaluz".
Tinto: "Duque de Bailén".

Pan, de Peal de Becerro.

Postre:
Macedonia de Frutas del tiempo.

SOBREMESA

Roscos de Vino, de Las Descalzas.
Yemas de Santa Úrsula.
Sultanas de Coco.
Mantecados de Huevo.

Añís "Castillo de Jaén" y
Crema de Café, de Angel Tirado.

¡Nada nuevo en el corazón del hombre que no supiéramos antes de la irrupción de los ilustrados!

Cuando vinieron del norte los rayos refulgentes, el hombre de la meseta ya era adusto y sobrio, la resignación había hecho presa en él y la renuencia merodeaba por la plaza porticada de las atarazanas. Apostado en un ribazo dos veces centenario había esperado —sin que llegara— el milagro de la rama verdecida, sus pupilas se habían encallecido de ver pasar galeones con destino a otras lenguas: él, que había conocido amazonas, peleado con hombres de un solo ojo, compartido mesa con gentes sin pelo, alanceado gigantes en el Perú y conversado con sirenas; él, que había visto sapos tan grandes como sillas, hojas que caminaban sin el impulso del viento y árboles de sombra asesina; él, que no había dejado nunca de inventar para no entregarle el alma a la meseta; él, de la mano de la desolación, sólo pedía que los ilustrados le procuraran, al menos, una vida sin sobresaltos. Los hijos de Pelayo habían quedado exhaustos de otro milenio de esperanza.

Y los ilustrados se mostraron benevolentes, ni siquiera recurrieron a reformas drásticas, al bienestar impuesto; muy al contrario, optaron por recuperar al enfermo con remedios suaves. Como cualquier galeno que se precie, la primera medida fue prohibir inveteradas costumbres por sus nefandas consecuencias:

Nos quejamos de que un mal juez, un salteador de caminos, un ladrón nocturno nos despoje de nuestro caudal, pero no hacemos alto en lo que nos quita la desenfrenada pasión del lujo, la embriaguez y glotonería, los pleitos por temas y rencores, la pasión por el juego y por los toros, y así de otras causas semejantes. Publíquese que hay un novillo de cuerda por las calles, una función de máscaras o un estrafalario saltinbanquis que llame la atención del pueblo, y al punto se cierran las tiendas y obradores; la gente más miserable deja inmediatamente su trabajo y todos salen a ver la novedad; y si esto sucediera todos los días nunca faltarían por eso espectadores. Este es un robo frecuente, pero de lo que nadie se queja.

Y después, probar con un remedio ligero, pero aleccionador y amargo:

Las limosnas de un prelado tan benéfico, como el que tenemos y lo mismo de sus antecesores, junto con las de tantos prebendados y otras personas caritativas, y que consumen sus rentas en la ciudad, son las que principalmente sostienen el vecindario. Pero esto también contribuye para hacer muchos ociosos; y faltando el

nervio de la ocupación común, y que todas las manos se ayuden para el sustento, nadie es capaz de remediar la desolación del pueblo.

Cuando el mal no radicaba en ejercer la caridad, sino en tolerar que la situación se mantuviera, que acabara enquistándose y provocando la muerte lenta y dolorosa del paciente; máxime cuando se conocía la causa de tantos males:

¡O [h] cuántos males se curarían si los que tienen posesiones de campo las labraran por si mismos!

Su dominio por lo común es de mayorazgos o de señores ausentes, de cabildos, de comunidades religiosas, de capellanías, de cofradías, de hospitales y de otros dueños que no tienen manos para cultivarlas.

¿Y los remedios efectivos? Apunta el deán Mazas que, entre otros, es obligado el equilibrio entre producción y demanda, pues si el gasto supera el valor de la hacienda, se requiere con urgencia procurar su aumento; deben, por tanto, crearse industrias cuyos caudales prosperen hasta conseguir el efecto deseado; ello reportaría altos beneficios al bien público y los padres de la patria alcanzarían el reconocimiento a la misión que les fue encomendada.

Transcurrirían varias décadas hasta ver escrito, firmado y sellado lo que se pensó como remedio y no quedó sino en flor de un día, llámese Madoz, llámese Mendizábal.

Han pasado doscientos años, y el transcurso del tiempo no ha alterado la quietud del hombre de la meseta, la serenidad que lo acompaña, la duda prudente que en los momentos de debilidad lo asalta; el hombre de la meseta ostenta virtud y moderación a pesar de las mejoras técnicas, de la liberación del mercado, del reparto de propios y baldíos; el hombre de la meseta quiere vivir preso de sus mundos irreales y mantenerse ajeno —porque su corazón así se lo dicta— al mundo vacuo e inseguro que le ofrecen los voceros de uno y otro lado; el hombre de la meseta no quiere oír hablar ni de Fr. Fernando Ceballos ni de Fr. Diego de Cádiz, tampoco del padre Feijoo ni del deán Mazas. Él sólo desea, en radical soledad, que le permitan inventar su propia existencia, la realidad que otros por su impericia no son capaces de ofrecerle.

* * *

Este divertimento literario, rayano en lo ensayístico pero sin pretensiones —¡Dios me libre procurar semejante recibimiento en la decimoséptima crónica, aunque tras dieciséis exordios cualquiera cosa cabría esperar ya!—, este divertimento literario, digo, de haberme sentido obligado a titularlo, debería llevar en el frontis «Literatura y razón». Al menos dos motivos propician que la encomienda de nuestro Prioste me haya hecho recurrir inexcusablemente al ensayo. En primer lugar, porque el escenario en que nos encontramos —la Real Sociedad Económica de Amigos del País (1790)— exige sin paliativos que un acontecimiento como este abra sus páginas haciendo honor a un género tan dieciochesco como el ensayo y tan del agrado de los miembros fundadores de esta sociedad patriótica. Y segundo, el reconocimiento obligado, en este año de 1994, a una de las obras más certeras que sobre la ciudad de Jaén se haya impreso nunca: *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén* (1794); y por extensión, reconocimiento a su autor, don José Martínez de Mazas (1731-1805), deán, impulsor de la Real Sociedad, montañés y, a la sazón, ensayista.

«Literatura y razón» insiste una vez más en las dos maneras que el hombre emplea para hacer patente su capacidad creadora: a través del arte y a través de la ciencia. Se trata de dos modos de creación nacidos de una misma y única fuerza, violenta en la primera, medida y sosegada en la segunda; ajena a principios lógicos la primera, sujeta a leyes la segunda. El arte transporta al hombre a mundos imaginarios donde él controla hasta el más mínimo movimiento, donde el decurso sigue sus pautas y el resultado final podría proporcionarle la felicidad. La ciencia, por el contrario, lo enfrenta a mundos cuyos códigos desconoce, y aun descifrándolos se resisten a su comprensión y dominio; la naturaleza está regida por una fuerza extraña de la que él mismo forma parte indisoluble, de aquí sus limitaciones ante la ciencia y la desazón que le provoca su debilidad ante el mundo objetivo. El hombre alcanza su plenitud creadora cuando es capaz de expresarse de una y otra formas.

Si el modelo literario me lo han proporcionado doblemente la Real Sociedad y la obra del deán Mazas, el contenido obedece a razones más hondas, más humanas y ostensibles que el conocimiento libresco de una época, el texto nace de la admiración y el cariño a la personalidad y la reciedumbre del amigo, del cofrade ausente, del intelectual

ecuánime y sincero, el texto nace y debe entenderse como tributo al poeta y al hombre de ciencia que encarna Manuel Caballero Venzalá, y en su persona a esa estirpe de hombres que aún tienen depositada su confianza en el hombre mismo y en su capacidad para obrar con liberalidad y justicia a la par, una casta de gienneses que de no extinguirse acabará puliendo la rudeza y la gazmoñería que hoy nos desola.

* * *

Aquella tarde plomiza de noviembre, tras dejar el recado en manos del hidalgo marteño y al tiempo la mirada en su rostro de dómine sabio, el criado portugués supo que la fatiga no permitiría que su huésped oyera el toque de ánimas la noche de Santa Catalina. Al bajar nuestro hermes a la plaza de Santa María las aristas de la Catedral se le escapan, no acierta a identificar el lugar, la severidad de líneas del sagrado alcázar ha quedado reducida a un plano infinito que ni Mágina puede trazarle frontera. Los días transcurrieron. El tres de diciembre llegó inexorablemente. Pasado el toque de ánimas, los convocados van llegando al lugar que el criado portugués les había indicado. Entre ellos no está Manuel Caballero.

No hay estancia en la ciudad de Jaén que no convenga al modo de los Amigos de San Antón, que toda ella es causa de desvelos y afectos para esta Confraternidad, pero la ocasión del año corriente parecía dispuesta para este clérigo menudo y enjuto, ilustrado y poeta. Los muchos achaques que lo aquejan han hecho que no pueda acudir esta noche con sus bien compuestos versos y su entretenido verbo —que a buen conversador pocos podrían igualarlo— al espléndido marco de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de cuya buena factura labrada dan cuenta la disposición de sus habitaciones y el sobrio decorado que ostentan.

Si la institución reclamaba la presencia de nuestro hombre, cuánto más la conmemoración que procuró el lugar fuera inexcusable. Fue el deán Mazas clérigo de honda formación teológica y humanística, de cuyas bondades se aprovechó su feligresía y la comunidad toda. Es Manuel Caballero clérigo de honda formación teológica y humanística, de cuyas bondades se aprovecha su feligresía y la comunidad toda. Jaén rinde homenaje al deán Mazas en este año de 1994 atendiendo al

demostrado interés por el desarrollo de la ciudad y su término, y en él a la institución que era garante de sus propuestas. Jaén ha tributado diversos homenajes a Manuel Caballero en este año de 1994, y este es uno más de reconocimiento a su vida y a su obra, pero sobre todo a su obra inconclusa, aquella que va a perpetuarlo en la historia cultural del antiguo reino. Tanto es así que el *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino de Jaén* determina el orden paralelo de esta Crónica, pues amén del cronológico acude la misma al manido orden abecedario.

El genio templado de Juan Miguel Jiménez Díaz tampoco alcanzó a oír el toque de ánimas. Manuel Caballero y él habían nacido el mismo año de 1925.

* * *

OTORGADO EL EXEQUÁTUR —no más allá de las nueve en punto de la noche— y armado de cuaderno y pluma como cumple en este oficio, queda en suspenso para el escribano el regocijo que alimenta con caldos y menudencias de entrada. Ante semejante indisposición para atender juglaría y clerecía, algún cofrade propone que debería proveerse al cronista de una taleguilla por aquello de picar primero y comer después mientras debe atender la escribanía, que bien pudiera el relator desfallecer si pusiera sobrado empeño o, por el contrario, reventar cual lagarto por querer contar en un verbo lo que sucede en seis horas. Al ir en esta ocasión la cena de ilustrados y reformistas, vaya el Prioste tomando cuenta por si acaso quisiera, no ya conceder semejante prebenda, sino revestir al escribano de atuendo diverso al común de los cofrades. Quien escribe no aceptaría de negro otra prenda que no fueran las calzas, porque escribiendo como se escribe más sentado que de pie y tanto a pulso como sobre mesa, es la prenda que mejor sufre los rigores de la tinta y el desconcierto de las viandas. El jubón debería ser blanco con mangas adornadas por torreones alineados de color rojo. Un cinturón ancho de cuero con hebilla dorada ceñiría el conjunto y serviría a la par para sujetar los manguitos cuando se está en el oficio de comensal o de escribano, por lo tanto siempre irían pendientes del cinturón. Entiendo que eso del calzado debería dejarse a elección del propio porque nadie opine en esto de los bienes raíces, extremo este que no afecta al tocado: un birrete octogonal coronado por un penacho de plumas de los más

diversos colores. Junto al corazón, aquel que lo deseara, podría llevar bordada una jabalina. El timbre de gala a este ropaje se lo otorgaría una airosa capa larga y ligera de color morado, cuyo uso protocolario estaría reservado sólo a los actos fuera de la Confraternidad.

Imaginaba de semejante guisa al cronista de la próxima Cena, cuando el Prioste reclama la atención de cofrades y anfitriones. Obligados quedan todos, como le ocurriera al escribano antes, a suspender la colación. Con un marcado dialectalismo jaenés en su dicción, des-
embarazado del prurito que impone el uso culto de la lengua, interviene nuestro Prioste con estas palabras:

De nuevo, buenas noches a todos, y bienvenidos a la decimoséptima edición de nuestra Cena Jocosu o Cena de Santa Catalina, punto y jornada que anualmente corporifica la Asociación Amigos de San Antón, gozoso y entrañable festejo, al que con ilusionado y animoso deseo acudimos, fieles cumplidores a la cita que nos hace el muy honorable Don Lope de Sosa, por medio de su leal, fiel y cumplido muñidor, el Criado Portugués.

Un año más amigos. Un años más con esa realidad que va siendo ya una constante: la satisfacción, por un lado, del reencuentro en una nueva Cena, encuentro gozoso y gratificante, y por otra parte, la contrariedad y cuidado que supone la ausencia de aquellos que por edad o enfermedad no pueden concurrir, o los que ya nos dejaron. Sea para ellos nuestro mejor recuerdo, haciendo hoy una mención especial, a la ausencia de Manuel Caballero Venzalá y Juan Miguel Jiménez Díaz, quienes con tanta ilusión asistían y con tanto interés preparaban su anual intervención.

Una particular y oportuna incidencia, concurre este año en la celebración de la Cena. Ella es, la evocación y memoria que por diversos estamentos de la ciudad, muy especialmente por la Real Sociedad Económica de Amigos del País, se dedica al segundo centenario de la publicación de esa joya bibliográfica giennense: Retrato al Natural de la Ciudad y término de Jaén, obra del ilustrado Deán que fue de nuestra Catedral, Dr. José Martínez de Mazas.

De alguna manera, debía estar la Asociación Amigos de San Antón



"Jaén". - Óleo sobre lienzo. (Alfonso Parras).

en ello. Y nada más oportuno en este caso, que hacer una especial dedicación de nuestra Cena Jocosas de 1994 a tan notable bicentenario evento.

Y naturalmente, ningún lugar más apropiado para este acontecer, que las señeras estancias que nos acogen en esta noche: flamantes instalaciones de la real Sociedad Económica de Amigos del País, entidad de la que fue primer inspirador y promotor el Deán Mazas, y a la que dedicó el referido Retrato al Natural. Es una realidad esta celebración de hoy, que vivimos y solemnizamos, por generosa dejación del Director de esta Institución, Ricardo de Villegas Méndez-Vigo, como asimismo de su Junta de Oficiales, representada esta, por el Subdirector, Enrique del Castillo Rodríguez Acosta.

Expreso en nombre de la Asociación, a la Real Sociedad Económica, nuestra más sincera gratitud, por el rasgo hospitalario y generoso de poner en nuestra disposición su casa para este tan particular acontecer, expresión de reconocimiento que quedará debidamente reflejada en la Crónica correspondiente, que el próximo año se editará.

Y continuando con nuestra ya inveterada costumbre de ir dejando huella en aquellos lugares, tanto privados como públicos, donde se han celebrado estas Cenas, hacemos entrega, y para que de recordación quede, de una placa de cerámica, conmemorativa del acto, para que si a bien lo tiene la Real Sociedad Económica, sea colocada en el lugar del inmueble que estime más oportuno.

Recibid con ella, el afecto y la gratitud de la Asociación.



MIGOS DEL PAÍS. Beneméritos nobles, clérigos y gentes acomodadas que se constituyen en Sociedades Económicas para el desarrollo de la comunidad. Los Amigos del País persiguieron como objetivos esenciales la creación de industrias, la modernización de la agricultura y la educación del individuo basada en el principio de utilidad de los conocimientos adquiridos. Prohombres así sólo se conocieron en las ciudades de Baeza (1774-1833) y Jaén (1790).

Juan Castellano descubre la placa conmemorativa y hace entrega de la misma a don Ricardo de Villegas, quien desde el fondo de la sala en que nos encontramos toma la palabra para empezar diciendo: «Desde este sitio, desde este lugar, don Fernando María del Prado...» El director de la Económica evoca la figura del primer síndico personero, de aquellos ilustrados fundadores de la Sociedad, de continuadores como León Esteban Molino e iniciadores de nuevo cuño como Ezequiel Calatayud Sierra. Tras el recuerdo, el balance amargo que se nos presenta doscientos años después: ni la Económica con su esfuerzo ni las demás instituciones con el propio han podido acelerar el lento y tedioso desarrollo del antiguo reino. Pausa. Con una mención al congreso que se celebrará en breve sobre *La Ilustración y Jaén* y el deseo de que toda actividad redunde realmente en beneficio de la sociedad giennense, cierra su discurso de bienvenida nuestro gentil anfitrión.



BASTILLA. Fortaleza parisina convertida en prisión para condenados de cierta nombradía y alcurnia. Un 14 de julio de 1789 el pueblo de París toma la Bastilla y proclama el triunfo de la Revolución, puesto que dicha fortaleza representaba el poder absoluto y la arbitrariedad de la monarquía. El conde de Floridablanca, sabedor del clima de efervescencia, no permitió que los periódicos españoles recogieran noticias sobre la Revolución. La prohibición se exten dió hasta 1792.

¡Qué turbulencias eran aquellas del cronista? ¡Ataviados estamos! ¡Revolución va! ¡Revolución viene! A pesar de todo, y sin llegar a la Bastilla, era indiscutible que la conmemoración suscitaría alteraciones en los principios consuetudinarios de la Cena. Y algo así se intuía desde que diera comienzo el batallar de las copas y el fuego cruzado de los tenedores. La constatación nos llega al comprobar el aire circunspeto que adopta nuestro Prioste para su nueva intervención:

Acordó el pasado año la Asociación, que cuando las circunstancias así lo aconsejasen, hacer demostración de afecto y gratitud hacia persona, que sin pertenecer a ella, haya colaborado de alguna manera de forma notable con la misma, favoreciéndola en cualquier manifestación que así se estime.

Esta muestra de admiración y reconocimiento, queremos plasmarla en una invitación, de forma exclusivamente ocasional, a una de nuestras Cenas, de manera que el reconocimiento se manifieste corporativamente.

Y esta es la razón amigos, de que se encuentre entre nosotros esta noche, el querido amigo Antonio Catena Ramiro, Director propietario de Gráficas Catena, persona entrañable a la que tanto le debe la Asociación, lo mismo por el gran cariño que siempre ha puesto en cuantos trabajos le hemos encomendado, como por el notabilísimo favor económico que nos ha venido haciendo en el trato —más que de amistad—, en la edición de nuestra SENDA DE LOS HUERTOS y de las CRÓNICAS de las Cenas.

Nadie mejor que quien os habla, sabe de la forma en que Antonio Catena ha colaborado con la Asociación. Nunca agradeceremos bastante su ayuda. Ayuda que no solamente hay que valorarla por el hecho en sí de hacerla, sino por la gran clase, categoría y calidad humana que siempre pone en ello. Y esta clase, esta categoría y esta calidad humana, no son más que el reflejo fiel, de las preciadas y ricas cualidades que identifican al hombre de bien, al caballero cabal y al amigo sincero, leal y generoso.

Quede patente nuestra gratitud sincera y ferviente hacia tan benemérito colaborador y querido amigo, Antonio Catena, al que con todo cariño y afecto otorgamos este cordial aplauso.



ATASTRO DE ENSENADA. Inventario riguroso de casas, propiedades, ingresos agrícolas y comerciales, etc. de todos y cada uno de los pueblos y ciudades contribuyentes al mantenimiento del Estado. La redacción del Catastro de Ensenada se inicia en 1749 con el fin de organizar el sistema fiscal de la monarquía borbónica y con el objetivo de establecer un impuesto único para todos. La nobleza, encabezada por el duque de Alba, provoca la caída de Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, a la sazón ministro de Fernando VI (1746-1759).

Ha llegado el momento que requiere la descripción de la estancia que nos acoge. Han pasado cuarenta y cinco minutos y Manuel López Pérez se apresta para su intervención sobre el licenciado don Juan Nepomuceno Lozano, abogado de los Reales Consejos y catedrático de Retórica de los Reales Estudios de esta ciudad. Ya puede, ya, Manuel López Pérez engolar la voz para hacer su discurso digno de todo un catedrático de Retórica. ¡Retórica del Setecientos! Ni nuestro cofrade y amigo ni el resto de los asistentes, ante tan ostentoso título, evita pensar en la sátira del P. Isla (1758) contra los enfermos de logomaquia. Es la estancia que nos acoge, digo, sala de paso, cual si se hubiera pretendido simbolizar el Santo Reino. El guadalquivir que atraviesa el recinto abre simétricamente a dos espacios, presididos ambos por sendas mesas de agasajo. Cuelgan de la pared algunos retratos de prebostes de la Económica y alguna mancha que quiere representar el tiempo otoñal. Cierra la sala una sucesión de espejos que no recuerdan en nada los del Callejón del Gato de Madrid, reflejan sin más cordialidad, amenidad, buen humor y cuantas bondades se vienen fomentando en las diecisiete cenas de Santa Catalina hasta ahora consumadas. Pero oigamos a Manuel López:

Hace tiempo que vengo manteniendo la teoría, de que los temas que se exponen en esta Cena de Santa Catalina, deben ser ligeros y a ser posible con su aliño de guasa y amenidad. Dado que la mayoría de los que aquí nos reunimos somos «de letras» y por lo tanto tenemos la deformación personal de que lo nuestro se debate entre dar conferencias o que nos las den, corremos el riesgo de hacer de la cena una sesión académica, lo que no es muy saludable para una placentera digestión.

Por eso, siguiendo la línea emprendida hace años, esta noche quería yo traer a colación una historia truculenta y pícaro, ocurrida hace ciento cincuenta años en la Plazoleta de Cervantes.

Más la circunstancia del lugar y tiempo en que este año celebramos nuestra cena, me ha obligado a cambiar los planes.

La celebración de la cena en una casa tan significativa como la de la Real Sociedad Económica y el hecho de que este año sus afanes académicos estén centrados en rescatar del olvido a las gentes de la Ilustra-

ción que hicieron posible aquel empeño social y cultural, me inclina a apoyar desde aquí tan loable iniciativa, rescatando de la niebla del olvido a una de sus más apasionantes figuras: la de D. Juan Nepomuceno Lozano y López, primer secretario vitalicio de la Real Sociedad Económica y redactor de sus Estatutos fundacionales.

Y como el personaje se presta a ello, más que su retrato detallista y formal, ajustado a las maneras académicas, trataré de delinear su caricatura, lo que siempre es más ameno y agradable.

Y vamos pues al tema, que ya está bien de preámbulos.

D. Juan Nepomuceno Lozano López, nació en Jaén en 3 de Agosto de 1738.

Era hijo de D. Manuel Lozano de Morales y de D.^a Teresa Micaela López, que componían una familia acomodada y con posibles.

Estudió, con suma aplicación y provecho, Filosofía, Teología Escolástica y Moral y los cuatro libros de la Instituta, adquiriendo una sólida formación humanística y un amplio conocimiento de los clásicos latinos y griegos, al que unió un excelente dominio de la mitología y símbolos de la antigüedad, de que haría gala con frecuencia en su dilatada vida.

En 30 de Enero de 1764 se recibió de abogado en la Real Chancillería de Granada, abriendo bufete en Jaén, que muy pronto se acreditó como uno de los más brillantes y efectivos por lo que comenzaron los requerimientos para que se hiciese cargo de los asuntos y litigios de multitud de corporaciones, cofradías, patronatos y casas de nobleza.

Así llegó a ser abogado del Ayuntamiento y de una institución tan renombrada como la Santa Capilla de San Andrés.

Hombre ambicioso y muy pagado de su saber, consiguió se le autorizara a establecer una Academia, que dirigió y presidió con singular acierto, obteniendo fama y renombre por la elegancia y sapiencia de que hacía gala en las sesiones académicas.

Todo ello le granjeó sucesivos encargos y jueces y alcaldes de los pueblos comarcanos le nombraron asesor jurídico, al igual que el Señor Intendente de la Provincia, que le hizo su asesor sustituto.

Al expulsarse a los Jesuitas en abril de 1767, se trató de llenar el

vacío que dejaban en la oferta docente de la ciudad, creando un centro de enseñanza con el rimbombante título de Reales Estudios de la Concordia, que aprovechaba las aulas y material del extinguido colegio jesuítico de San Eufrasio, sito en la Calle Compañía y hoy Conservatorio Oficial de Música.

D. Juan Nepomuceno, que tenía ya una asombrosa habilidad para colocarse en el sitio justo y en el momento preciso, maniobró para que se le nombrase juez de la correspondiente oposición a cátedras del nuevo centro docente. Y de paso, aprovechó la ocasión para conseguir para sí la Cátedra de Retórica del indicado centro. No se había inventado aún la teoría de las incompatibilidades y así pasaban esas cosas.

En 1769 consiguió que se le nombrara Diputado del Común, en el Ayuntamiento, oficio que desempeñó con acierto y mirando siempre al bien común de los ciudadanos y al mejor servicio de Su Majestad.

En la primavera de 1770, cuando contaba con 32 años de edad, D. Juan Nepomuceno debió pensar que en la vida hay otras alegrías más placenteras que las que prosaicamente ofrecen los clásicos y los códigos y abandonando un tanto sus libretos y protocolos, se enamoró de una moza llamada D.^a Juana Josefa Escalona y Castro, joven de veinte abriles y buena familia, que alteró la sosegada existencia de D. Juan Nepomuceno, de tal manera, que entre las zalamerías de la moza y las malas artes del diablo, que todo lo enreda, la D.^a Juana Josefa vino a quedar preñada de su erudito galán. Más como D. Juan Nepomuceno, era todo un caballero, aparte de que como abogado sabía a lo que se exponía si le acusaban de embaucador de doncellas, al momento se dispuso a reparar el mal y de prisa y corriendo preparó el inevitable casorio. Que se celebró en 5 de mayo de 1770, dándoles las bendiciones el vice-prior de San Miguel, eso sí, previa dispensa de las amonestaciones y con la acertada precaución de celebrar la boda en la casa de D.^a Juana Josefa, con lo que se evitaban las murmuraciones y comadreo de las marujas del barrio de San Miguel.

Desgraciadamente, el destino vino a castigar las prisas de los novios, porque el embarazo se malogró. O a lo mejor no hubo tal embarazo y todo fue fingimiento y artificio de la moza para atrapar al D. Juan Nepomuceno, que indudablemente era un buen partido. Lo cierto es



RELACION

DE LOS MERITOS

Y SERVICIOS

DE DON JUAN NEPOMUCENO

LOZANO Y LOPEZ,

Abogado de los Reales Consejos.

Consta es natural de la Ciudad de Jaen, hijo legitimo de Don Manuel Lozano de Morales, y de Doña Teresa Micaela Lopez, de edad de cinquenta y dos años, que cumplirá en tres de Agosto del presente: Que despues de haber estudiado con aplicacion la Filosofia, Teologia Escolástica y Moral, y los quatro libros de la Instituta, se recibió de Abogado en la Chancillería de Granada en treinta de Enero de mil setecientos sesenta y quatro, y se incorporó en el Consejo á diez y siete de Febrero de mil setecientos sesenta y siete: Que desde el citado año de mil setecientos sesenta y quatro há tenido su Estudio abierto en la mencionada Ciudad de Jaen, despachando con aceptación la infinidad de negocios que se le hán confiado, así por varias Comunidades y Congregaciones, como por diferentes personas de la mayor graduacion de la citada Ciudad: Que descoso del adelantamiento en la judicatura, solicitó, y logró la asignacion de una Academia de confetencia con titulo de Licenciado en dicha Ciudad, la que dirigió y presidió con todo acierto, y notorio aprovechamiento de los sugetes, que concurrían á los exercicios literarios que publicamente se hacían, puntos y questiones, que se ventilaban: Que atendiendo á su literatura y buena conducta há sido nombrado por varios Jueces y Alcaldes Ordinarios de los Pueblos de la comarca de dicha Ciudad de Jaen por Asesor en diferentes causas, y que en las ausencias del Asesor del Intendente general de aquel Reyno se le há nombrado por él para el despacho de los negocios correspondientes á dicha Intendencia.

Asimismo consta, que hallandose vacante en el año de mil setecientos setenta y uno el Priorato Beneficio Curado de la Iglesia Parroquial de San Bar-

que el cielo no les dio hijos. Como dice el refrán, en el castigo llevaron la penitencia. Que fue dura y cruenta, como más adelante se verá.

Una vez que D. Juan Nepomuceno saboreó las mieles del himeneo —seguro que como era tan letrado se expresaría así— volvió a su bufete y reavivó sus afanes por destacar. De tal manera, que en 1771 tuvo la osadía de presentarse a la oposición convocada para proveer el Priorazgo de la parroquia de San Bartolomé, de Andújar. Donosa ocurrencia, ya que no era clérigo. Pero que la ejercitó por darse la íntima satisfacción de que se le reconocieran «a título solo de mérito», sus muchas letras y sapiencia.

Al unísono y en sus ratos libres, no se cortaba para hacer patente su condición de catedrático de Retórica y comenzó a escribir plúmbeos discursos, minuciosos informes y almibarados poemas.

La crónica que publicó sobre las fiestas organizadas en Jaén en Diciembre de 1783 para celebrar el nacimiento de los hijos gemelos de Carlos III, es una excelente muestra para analizar su valía literaria y aun los entresijos de su personalidad.

En 1786 junto con otros sujetos de distinción, encabezados por el obispo D. Agustín Rubín de Ceballos, D. Fernando M.^a del Prado y el canónigo D. Francisco Messía y Caicedo, firmó una exposición solicitando de la Real Persona, la instalación en Jaén de una Real Sociedad Económica de Amigos del País. Y como es de suponer, en la sesión constitutiva de la Real Sociedad, celebrada en 25 de julio de 1786, D. Juan Nepomuceno Lozano y López fue designado Secretario Perpetuo de la floreciente corporación.

Como era inevitable, a D. Juan Nepomuceno le encargaron los señores socios, «por aclamación», que redactara el proyecto de Estatutos, tarea que aceptó, aunque advirtiéndolo con su habitual modestia «...que aceptaba este singular nombramiento, sin embargo de sus muchas y graves ocupaciones, sólo por la utilidad pública y obsequio de este cuerpo patriótico...».

Desde el principio, D. Juan Nepomuceno Lozano se entregó en cuerpo y alma a la ardua tarea de poner en marcha la Real Sociedad Económica, lo que le dio además la diaria oportunidad de tirar de

pluma para endiñar a sus consocios floridos discursos y ampulosas poeſtas, que eran el cuerpo central de las sesiones académicas y el añadido obligado de muchas publicaciones.

D. Juan Nepomuceno, desde su secretaría se convirtió en el infatigable animador de la Sociedad Económica. Ya nos lo advirtió uno de sus sucesores, D. Eloy Espejo, que en 1886 hacía de él esta semblanza, muy a tono con su variopinta personalidad:

*«... Con su celo infatigable influyó de una manera decisiva en el progreso y desarrollo de las empresas que acometiera la Económica presentando siempre solución a todos los problemas y dando fácil salida a los más arduos obstáculos. Era la palanca que movía; el resorte que vigorizaba; el **reóforo** —¡toma ya con la palabreja!— que animaba; la inteligencia que funcionaba y el timonel que dirigía la nave por derroteros libres de todo escollo con su exquisito tacto y su peculiar acierto...».*

Eso de que D. Juan Nepomuceno era «el reóforo» que animaba la Económica, a mi me ha impresionado. Tanto que por eso me he decidido a bucear en su olvidada biografía. Dejando a un lado bromas e ironías, hay que reconocer que D. Juan Nepomuceno Lozano es una pieza clave para el estudio del componente humano de la Sociedad Económica de Jaén y que junto a D. Fernando M.^º del Prado y el dean Martínez de Mazas, fueron los únicos que invirtieron lo mejor de su tiempo y energías en consolidar aquel proyecto esperanzado para que Jaén saliese de su secular atraso.

D. Juan Nepomuceno Lozano estaba investido de la claridad mental y de los impulsos renovadores habituales en los ilustrados y sus iniciativas eran avanzadas, muy avanzadas para su época.

Así, al redactar los Estatutos de la Económica, quiso colar la novedad de que en su seno se creara una «Junta de Damas», para que la mujer aportara también su concurso a la recuperación social y económica de la provincia. Lo que pasa es que en Madrid le vetaron esta idea, porque los señores de los Reales Consejos —que debían de ser muy estirados— no estimaban útil y provechoso que la mujer estuviera en la Económica en paridad de oportunidades que los hombres. ¡Hasta ahí se podría llegar!

Otra de sus iniciativas progresistas fue la de introducir en Jaén una novedad gastronómica: la «Sopa Rumford».

Resulta que en Jaén, como en todos sitios, las familias pobretonas —e incluso algunas que presumían de ejecutorias de nobleza— pasaban hambre. Los años de la transición del siglo XVIII al XIX fueron muy difíciles y el hambre física era artículo común que no faltaba en muchas casas.

A D. Juan Nepomuceno le llegó la buena noticia del invento de la «Sopa Rumford» y procuró divulgarlo en Jaén, a cuyo efecto consiguió que la Económica diera a la imprenta un librito, que salió de las prensas de los señores Copado, en la calle Maestra, en 1803. Contenía las indicaciones precisas para confeccionar cuatro comidas y un puding. Aquella idea había venido de Inglaterra, donde el Conde Benjamín Rumford (1753-1814), que se las daba de redentor, había encontrado —según él— la fórmula mágica que permitiría saciar por cuatro cuartos el hambre de los famélicos del mundo.

Los ingleses, como es cosa sabida, no tienen buena mano para organizar cenas como Dios manda y prueba de ello fueron estas «Sopas Rumford», que no pasaban de ser pura bazofia, hecha a base de patatas, cebollas y almortas. Y que si tenemos en cuenta que a las almortas, las gentes les llamaban «dientes de muerto» en razón a su aspecto, ya nos podemos suponer el éxito que la tal sopa tendría en Jaén. Fue, dicho sea sin reticencias, un fracaso pese a la buena intención que puso D. Juan Nepomuceno.

Llegados los días infaustos de 1808, D. Juan Nepomuceno Lozano con suma discreción se quita de en medio. En contra de lo que pudiera esperarse, D. Juan Nepomuceno no se distingue por sus fervores patrióticos y prefiere quedar en una discreta penumbra en su casa de la Calle de las Escuelas.

Sin embargo, cuando los franceses se adueñan de Jaén, en enero de 1810, nuestro hombre ve su oportunidad. Y se incardina en la nueva administración pública que organiza el invasor. Sus buenas relaciones con la Prefectura le convierten nada menos que en Corregidor sustituto y en abril de 1810 no tiene escrúpulo en aceptar un puesto en la Junta Criminal Extraordinaria, órgano de justicia que con un rápido y elemental sumario llevó a la horca o al paredón a más de un

guerrillero y disidente de la política del rey José. Fue una mancha negra en su biografía, que ya lo dejaría marcado. Porque fueron muchos los giennenses que se sintieron traicionados o íntimamente decepcionados, al ver que D. Juan Nepomuceno no vacilaba cuando había de poner su firma al pie de una sentencia de muerte.

También se le encargó de recoger y seleccionar libros y elementos artísticos de los conventos exclaustrados por las nuevas leyes, con el fin de organizar una biblioteca y museo, que daban anexos a un Liceo, del que D. Juan Nepomuceno se preveía como factótum. De esta manera, en el caserón de la calle Compañía, sede de los Reales Estudios, acumuló libros, cuadros, imágenes y aun retablos, entre los que se sentía feliz y dichoso.

También se le designó Regidor de la Junta Municipal y abogado-consultor de la Administración de Bienes Nacionales.

Muy felices se las prometía D. Juan Nepomuceno. Pero de nada le serviría. Porque cuando en 1811 la provincia sufre la presión fiscal del francés, se le reclama una gruesa cantidad. Su declaración de bienes, es un puro lamento. Asegura que es pobre de solemnidad, aunque no lo parezca. Que solo tiene media casa en la calle de Santa Ursula, procedente de los bienes de su mujer, que apenas si le deja renta. Y un olivarillo en la Cañada del Parral. Y un haza casi inútil en la Cañada de Valverde. Y cuatro cuartos que cobra como réditos de un censo y una memoria... Nada. Una miseria.

Pero la hacienda francesa no se conmovió. Y le exigió 2.000 reales de contribución, so pena de encerrarlo en las mazmorras del Castillo de Santa Catalina o darle cuatro tiros si preciso era.

Total, que tuvo que vender sus pocas propiedades para pagar. Y se quedó limpio de polvo y paja.

Finalizada la guerra, Don Juan Nepomuceno empezó a verlas negras. Muy negras. Ya era un anciano cargado de achaques, sin hijos, sin apenas amigos sinceros. Llevaba el estigma de ser un afrancesado de tomo y lomo y le esperaba una rígida depuración.

Pero supo salir a flote. Se quedó cesante. El ayuntamiento, alegando como siempre falta de liquidez, dejó de pagarle su jubilación. Y empezó

a pasarlas canutas. Quizás hasta tuvo que buscar el librito-recetario de las famosas «Sopas Rumford», para calmar los clamores del estómago... Y gracias que nadie sacó a relucir sus firmas condenatorias de patriotas en aquella junta Criminal Extraordinaria de tan infaustos recuerdos...

Con su acreditada habilidad, D. Juan Nepomuceno salió del trance. Incluso intentó volver de nuevo a un primer plano, actuando como Decano del Ilustre Colegio de Abogados. En 1814 retomó la secretaría de la Real Sociedad Económica e intentó su reorganización. Empezó a componer laudatorios poemas, unas veces en honor de la Constitución del 12 y otras del muy amado Rey Absoluto D. Fernando VII, según se terciaba, que cuando aprieta el hambre no hay que ser escrupuloso en materia de ideologías... Imprimió a su costa un parvo librito intitulado «Máximas del Arte de Persuadir o Retórica Filosófica», que dedicó y envió a D. Fernando VII en 1815 con la esperanza de obtener alguna real dádiva...

Escribió hasta un drama en música que se representó en la Plaza de Santa Marta para celebrar, en 1816 el enlace del rey Fernando con D.^{ca} Marta Isabel de Portugal... E incluso empezó a escribir un larguísimo poema titulado «El Heroísmo de Fernando VII» en 1818, que no pudo proseguir a causa de su ancianidad.

D. Juan Nepomuceno avivaba recuerdos y multiplicaba sus ideas buscando una vejez sin sobresaltos. Pero nada daba resultado. No se habían inventado los planes de pensiones y la falta de recursos, malgastados en los años de dorado esplendor, lo fueron sumiendo en la pobreza.

Achacoso y amargado, hubo de dejar la secretaría de la Económica. Todavía trató de dar a la luz algún nuevo poema, pero ya le saltan tan barrocos y huecos, que nadie los leta.

Era ya el canto del cisne.

Hacia 1820 se retiró a su casa, junto a la Plaza de la Audiencia. Y se dedicó a dar sablazos a sus amigos y conocidos. Muchas veces por correspondencia, porque ya no podía ni salir a la calle.

De vez en cuando, escribía farragosos memoriales al Ayuntamiento

solicitando los atrasos de su jubilación. Pero los muncipales se sonretan y hacían oídos sordos.

En los primeros meses de 1821 escribe algunas cartas al propietario de su vivienda para excusar muy finamente su imposibilidad de pagar el inquilinato. Son unas cartas patéticas en las que asegura que por no tener, ni tiene sábanas para cubrirse en el lecho. Y que termina solicitando la caridad de alguna ayuda.

En 23 de Octubre de 1821, consciente de que su final está cercano, hace testamento ante D. Vicente José de Chartre.

En él declara que no tiene nada, sólo algunos libros y cuadros salvados de sucesivas ventas en días de apuros. Pero caballeroso y cortés como siempre lo fue, dispone que aquellos retales de su pasado bienestar se repartan entre las personas que le ayudaron y protegieron cuando las cosas vinieron mal dadas.

Al Duque de Montemar, le lega una pintura del Diluvio Universal; al obispo D. Andrés Esteban y Gómez otra de «Rebeca dando agua al siervo de Abraham» y al coronel D. Andrés de Viedma una pareja de pinturas en cobre.

Para su sobrino D. Felipe López, a la sazón capitán de inválidos en la Alhambra, deja una pintura votiva familiar, en cuyo fondo se figura a Ntra. Sra. de la Capilla...

Por último, a la Real Sociedad Económica la deja por heredera de los cuatro libros que le quedaban. Que no eran cosa del otro mundo, ya que era un tratado para mostrar la forma práctica en que los párrocos y aficionados podían hacer la cesárea a las difuntas en estado de buena esperanza, evitando así que los fetos fueran al limbo y otro un tratado no menos ameno y práctico, para explicar algunos remedios salvíficos en caso de encontrarse con un ahogado o asfixiado.

Y ya quedose tranquilo a esperar la muerte. Que no tardó en llegarle, pues fallecía en 8 de Diciembre de 1823. Sus deudos le hicieron cumplido funeral en la parroquia de San Lorenzo y le dieron tierra en el Cementerio de Capuchinos, un lugar muy ventilado y a propósito para dormir toda una eternidad.

Meses después, en 11 de Julio de 1824, fallecía su esposa D.^a Juana

Josefa de Escalona, fiel compañera de tan ajetreada vida, cirineo silencioso de tanta cruz y estoica oyente de sus barrocas oratorias.

Luego perdióse su memoria. Otros ilustrados de nombres más sonoros fueron velando su recuerdo. Y el pobre de D. Juan Nepomuceno Lozano y López, abogado de los Reales Consejos, Catedrático de Retórica y Secretario Perpetuo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País se quedó muy a su pesar, por supuesto, perdido y extraviado entre la nómina innumerable del Jaén de su tiempo.

De allí hemos querido sacarle en esta noche de diciembre, para que su ánima venga a cenar con nosotros algo más sólido y sabroso que aquella malvada «Sopa Rumford» de la que fue apóstol y representante.

Porque después de reconstruir su vida, luego de rebuscar su obra, hemos llegado a la conclusión de que a pesar de sus manías, D. Juan Nepomuceno y Lozano López debió ser una gran persona.

No se prometía tan extensa la intervención de Manuel López. Hubo que tomar asiento para mejor paladear su verbo fluido, su entonación jaenera en ciertas modulaciones, pero sobre todo para hacernos con este ilustrado de tan azarosa existencia, vaivenes insospechados y no menos penurias. Los ecos de la semblanza de don Juan Nepomuceno Lozano repiquetearán durante algunos meses en la Económica.



DESPOTISMO ILUSTRADO. Modelo de gobierno absoluto que pretende el bienestar de sus súbditos basándose en una política de reformas racionales organizadas exclusivamente por la monarquía. El reinado de Carlos III (1759-1788) se entiende es la expresión más elevada del despotismo ilustrado en España.

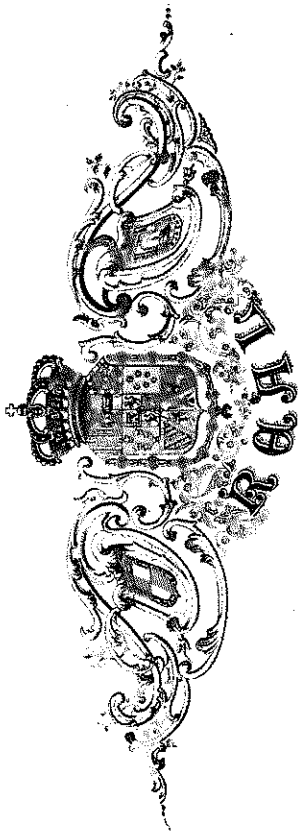
Vuelto a la tertulia con mis confraternos Juanes Eslava e Higuera, la distracción acudió por un momento a este escribano. En el transcurrir de la conversación, y sin desearlo, pongo la vista en la entrada principal, la cual se alcanza desde la cristalera que separa el refectorio del corredor contiguo. Dos mujeres se habían apostado en la puerta y sujetas al enrejado, entiendo, tratan de suplir con sus comentarios la encomienda que el Prioste me había confiado hora y media antes. ¡Válgame el cielo —me dije— si aquellas mujeres fueran de las de armas tomadas! «¿Has visto cruzar compañera alguna en el ágape, ya alta ya baja, negra o blanca, más delgada menos delgada? ¡Es intolerable, después de nuestra victoria en USA!» Y ambas recuerdan con fruición a aquellos profesores que decidieron cambiar los *seminarium* por los *ovarium* para hacer menos sexista el léxico académico. Tampoco conviene tanto alboroto y exaltación después de algunas décadas. Ciertos asuntos, entendidos con la necesaria calma, en el reposo de la meditación reconfortante, se nos aparecen menos dramáticos, más asibles, menos intencionados de lo que realmente quieren aparentar. La corriente del río en la sierra abrupta no deja oír el canto de los pájaros, sin embargo cuando las aguas llegan al remanso de la llanura se escucha hasta el suave susurro de dos niños tramando una tropelía inocente.

Me devuelve a la escribanía la llamada que anuncia nueva intervención. Luis Coronas, al tiempo que nuestro Prioste pronuncia las palabras de rigor, se ha llevado la mano al corazón de la americana y con la misma destreza y discreción de sabio con que nos escribe y cuenta el tiempo pasado, descubre el texto de su aportación a esta noche ilustrada:

Nos encontramos hoy celebrando esta Cena Jocosa de la Confraternidad de los Amigos de San Antón en la sede de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Estamos a doscientos años de la publicación del famoso libro titulado Retrato al Natural de la ciudad y término de Jaén, escrito por un individuo de esta Sociedad Patriótica llamado José Martínez de Mazas.



Fachada principal del anterior edificio de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. El proyecto fue del Arquitecto Sebastián Ruiz Tortajada y edificado, con algunas variantes, por Antonio Merlo en 1918. Se demolió en enero de 1976.



SOCIEDAD ECONOMICA JIENENSE DE AMIGOS DEL PAIS

Concedo en cuenta esta Corporación las circunstancias que concurren en el
Sr. D. Saunto Angeles Bares socio en sesión de treinta de
diciembre del año actual admitido como Socio de Número

San 22 de Diciembre de 1926

El Director.

El Secretario general
[Signature]



Título de Socio de Número de la Real Sociedad Económica Jienense de Amigos del País, expedido en 1926. (Fotografía del original cedido por Doña Isabel Pérez Ángeles).

Y conviene ahora en una mirada retrospectiva considerar cual era la formación intelectual de la mujer por aquel tiempo y que propugnaba esta merittsima Sociedad en este aspecto. Sin lugar a dudas la mujer había sido marginada en los estudios. Esto no quiere decir que algunas mujeres no brillaran en las letras en aquellos siglos de la Edad Moderna. Pero poco se había avanzado en la promoción de la mujer; sin embargo, la Real Sociedad Económica se había preocupado de estimular en las niñas los conocimientos de primeras letras, doctrina cristiana y labores, con especial interés hacia las manufacturas. Es una época en la que seguía la formación de las niñas en el hogar, atendidas por madres o cuidadoras en las casas de la nobleza o de muchos recursos económicos, se mantenían las «amigas» que eran aquellas que cuidaban proporcionando una mínima instrucción a la vez que tenían recogidas a niñas de modestos recursos. Así vemos en ese famoso cuadro de Domingo Muñoz, propiedad del Museo del Prado que se conserva en depósito en la Antigua Escuela de Magisterio de Jaén en su Sala de Juntas. Y había niñas sin la menor atención, abandonadas no siempre en el sentido material, pero sí en su instrucción, en la preparación para la vida.

El deán Martínez de Mazas, hombre ilustrado, que deseaba una mejor instrucción y educación femeninas, veía con dolor cómo muchas niñas no encontraban un lugar adecuado para recibir esa preparación. El sabía que la Real Sociedad Económica estaba interesada en ello como se ve por el Título XIV de sus Estatutos y que se exhortaba a los socios, con capacidad económica, a mantener escuelas gratuitas para niñas pobres en las que junto a una elemental instrucción recibieran los conocimientos precisos para ejercer un oficio, ya sea hilando, tejiendo, bordando... que les permitieran una vida digna. Y el artículo VII del Título XIV lo debía tener muy presente el deán Martínez de Mazas deseoso de cumplir lo mejor posible con sus obligaciones como socio. Indudablemente él había realizado un meritorio trabajo con el libro ya mencionado, pero no estaba tranquilo viendo a niñas de su feligresía, San Ildefonso, sin tener la oportunidad de la formación que se postulaba. Y así en su testamento dictado ante el escribano Bonilla en fecha 16 de abril de 1805 declara «que ha tenido muchos años hace la intención de dotar una Escuela de Maestra de niñas» en la parroquia de San Ildefonso y añade que «quisiera que tuvieran mejor educación tantas niñas pobres como viven en dicha parroquia» y piensa que con ello «se evitarán en adelante muchas ofensas a Dios».

El deán afirma que no ha tenido ni cuando dictaba el testamento medios suficientes para dejar establecida la Escuela que él soñaba. Pero que su voluntad era fundar una escuela de niñas y para ello señalaba en el testamento 30.000 reales que se deberían imponer a censo y con el interés del 3%. Dejaba una casa «la mejor de las dos», que poseía en la Carrera y que había comprado al Convento de Santo Domingo, de Jaén para la Escuela.

Así va configurando el deán su fundación, como Obra Pía, y nombra como patronos a los arcedianos (de Jaén y Baeza) y a los cuatro canónigos de oficio de la Catedral (Doctoral, Magistral, Penitenciario y Lectoral) quienes serían los que nombrasen la maestra y deberían visitar la fundación siempre que les pareciere conveniente e incluso quedaban autorizados para redactar ordenanzas e instrucciones para el mejor cumplimiento del fin que se pretendía. Con el mejor deseo de que aquella institución tuviese una economía holgada agrega a la Obra Pía otras casas. Se permite en el testamento insinuar que se nombre como maestra a Marta Ribilla, su criada principal, porque cree que reúne las condiciones precisas.

Es curioso que el deán se preocupe de que los 30.000 reales se aseguren de modo que no sea en fincas que se enajenen, pues la dicha fundación «aunque pequeña es de una utilidad pública y transcendental para todas las familias que vivían en la parroquia de San Ildefonso». Ya el deán había visto una desamortización de bienes eclesiásticos en tiempos del rey Carlos IV, que a la sazón regía España, y posiblemente preveía futuras desamortizaciones. Pero su precaución no sirvió; a mediados del siglo pasado, en tiempos de la Desamortización de Madoz fueron incautadas y subastadas las fincas. Nuestro prioste, Pedro Casañas me ha proporcionado datos sobre esta nueva situación de la Obra Pía. La escuela cesó de funcionar y cuando a comienzos del siglo XX los patronos de la fundación, ahora solo cinco, porque se había suprimido el arcedianazgo de Baeza, pretendían restablecer por 1908 una meritoria fundación encuentran de un lado las dificultades económicas del empobrecimiento de caudales y la intervención municipal en estos.

No obstante, en las primeras décadas del siglo XIX el sueño del deán Martínez de Mazas se iba cumpliendo. Luego los avatares políticos decimonónicos terminaron con una fundación de tan nobles y loables propósitos.

Decían los liberales que eran las obras pías soluciones de corte tradicional que apenas si servían para satisfacer la vanidad de sus protectores. ¡Qué no dirían, de haber escuchado el relato, aquellas dos mujeres de la puerta! En la dicción, Luis Coronas es el contrapunto a la pronunciación dialectal que han tenido el Prioste y Manuel López, no ya porque aquel no la haya empleado, que lo ha hecho, sino por la oposición entre norma dialectal occidental (Coronas) y norma dialectal oriental (Casañas y López). En ambas, la pérdida de la *ese* acarrea distintas soluciones a las vocales que se ven afectadas: el primero las cierra, los segundos las abren. En una ocasión faltó nuestro historiador a este principio fónico: al decir que Pedro Casañas le había proporcionado nuevos datos, el apellido de nuestro Prioste quedó tan oriental, tan jaenero que cualquiera diría que nuestro confraternal se había criado en San Ildefonso o en Puerta Nueva.



ENCYCLOPÉDIE. Diccionario razonado de ciencias, artes y oficios. La *Enciclopedia* de Diderot y d'Alambert fue publicada, tras muchos avatares, entre 1751 y 1772 (17 vols. de texto más 11 vols. de grabados). Es el mejor exponente del sentir ilustrado. Apréciase en su lectura la confianza de los ilustrados en la razón y en la utilidad de los conocimientos adquiridos por el hombre. La *Enciclopedia* fue prohibida en España por la Inquisición en 1759, y sólo a partir de 1780 se empezaron a autorizar algunas adquisiciones.

Llegados a este punto en la reunión y en el orden alfabético, vuelven los avisos para nuevos capítulos. La Confraternidad se aparta de las miradas de las transeúntes (con perdón —que sé bien no les disgustaría oírse llamar *transeúntas*). ¡Quédense, pues, los anfitriones de lienzo contemplando los despojos del primer refectorio! Y cuando podíamos creer que descendíamos a los infiernos para la Cena, a las tinieblas, a la caverna mítica para descifrar una realidad inexplicable de formas, se nos abre a todos, y en silencio, un mundo de «luz exacta», un mundo de rutilantes formas que me acusa, que nos reclama a todos bondad para quien es generosa y celo para quien nos mima. La Naturaleza de Parras y su arquitectura sin pretensiones amenaza a los impíos y denuncia a los insensatos magos que han

atenuado el resplandor, convirtiendo la luz en sólo arrebol. Alcanzo ahora a comprender el porqué de las palmatorias y por qué sin velas.

Queda este escribano «del salón en el ángulo oscuro». No cabía mejor aposento para quien está obligado a recorrer la estancia de arriba a abajo, de pared a pared, en diagonal, en transversal, en circular, en conoidal, en piramidal... y, por el contrario, está relevado de escuchar todo aquello que no se diga a golpe de campanilla y acompañado del común silencio.

El tiempo da lugar a la oración, y don José Casañas invoca a nuestro protector:

*Señor San Antón Abad,
los aquí cenantes, tus amigos,
alrededor de esta mesa reunidos,
rogamos de tu amistad
que nos mantengas siempre unidos.*

*Que como a nuevo rebaño
nos quieras apacentar,
este año y otros años.*

*Y como broche final,
pedimos en común consenso,
bendigas este humilde pienso
que vamos a trasegar,
regado con vino espeso.
Amén.*



ELJOO, Benito Jerónimo. Clérigo gallego de la Orden de San Benito, asentado en Oviedo, donde pasó la mayor parte de su vida dedicado a la enseñanza y al estudio. Modelo del espíritu y del sentir ilustrados, destaca en las letras hispánicas por su *Teatro crítico universal* (9 vols. 1727-1739) y sus *Cartas eruditas y curiosas* (5 vols. 1742-1760), colección de 281 disertaciones



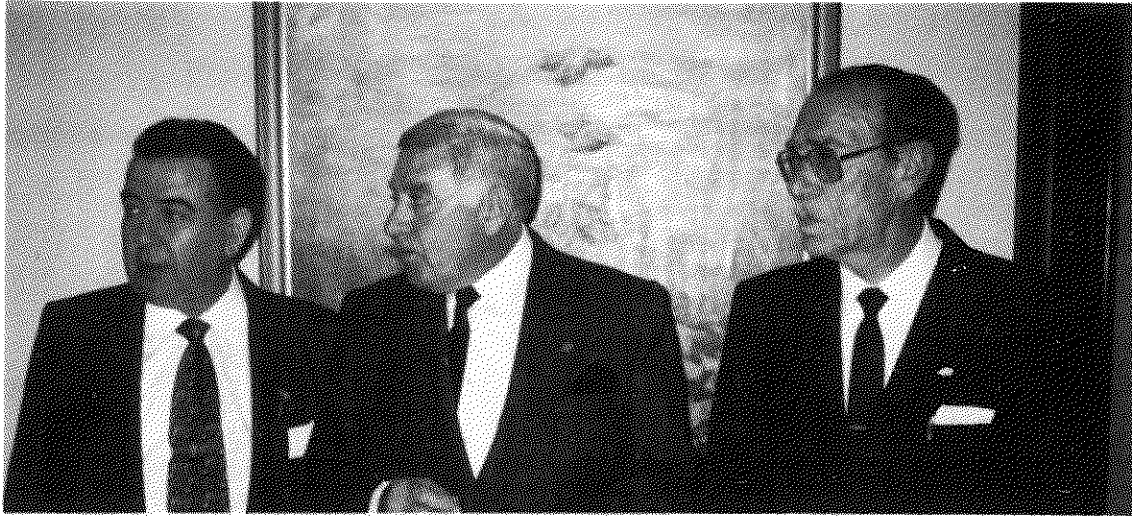
Invitado de Honor

La Asociación Amigos de San Antón, rinde homenaje de gratitud y afecto a Antonio Catena Ramiro, Director-Propietario de GRÁFICAS CATENA, por la valiosa cooperación que viene prestando en la edición de *Senda de los Huertos*. En esta Cena Jocosa de 1994, su Invitado de Honor.



La Cena en su Exposición

La sala de Exposiciones de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, fue el escenario de la Cena Jocosa de 1994. Nunca pudieran tener estas Cenas tan particular decoración, como lo ha sido ésta con la magnífica y celebrada exposición de Alfonso Parras Vilchez.



Miguel Calvo Morillo, Luis Armenteros y Antonio Martínez Lombardo.



Juan Eslava Galán,
Antonio Martínez Lombardo
y Luis Coronas Tejada.



José Chamorro Lozano, Fernando Lorite García y Manuel López Pérez.

sobre los más variados temas, todos ellos tratados con el rigor y la profundidad propios de quien supo asimilar y proyectar las luces que llegaban de Europa. En sus escritos denunció el atraso intelectual que aquejaba a España y combatió la superstición.

Una caracterización muy general de *diccionario* podría ser «catalogación alfabética y descripción de las distintas unidades que componen un todo». Muy difícil nos resultaría poder indicar un tema que no pudiera quedar sujeto al orden alfabético. Inventariar de la a a la zeta es un método de trabajo de utilidad y rendimiento extraordinarios que —aun a pesar de privar al usuario de una visión de conjunto— cautiva a cuantos, emprendida la descripción de un todo, desean ofrecer una visión pormenorizada de las partes. Ocurre con la lengua, con la electrónica, con la química... y para gloria de nuestro Manuel Caballero, ocurre con Jaén. De la envergadura de esta obra, del rigor empleado, del apoyo institucional y científico, de las bondades y excelencias excuso ocuparme. Otros mejor que este escribano han sabido expresarlo y me consta no dejarán de hacerlo siempre que la ocasión sea propicia.

Al tiempo que corre, y según noticias de su autor, el cuarto tomo está en la imprenta y recoge la letra efe. Al *Diccionario bio-bibliográfico* le está ocurriendo como a tantos otros proyectos importantes: se concibe para un determinado número de tomos y años y acaban casi duplicándose. Para satisfacción de todos, Jaén cada día genera mayor información, y la exhaustividad con la que Manuel Caballero concibió la obra, hace que esta se extienda en el espacio (un sólo tomo para la letra efe) y en el tiempo (A-B, 1979; C, 1986 y CH-E, 1989). Desde aquí, este cronista, hace votos para que el tomo cuarto, el tomo correspondiente a la efe no sea de mal augurio, y andando el tiempo podamos disponer de los correspondientes a las letras ge, hache, i, jota, etc., porque en lexicografía *fin* se escribe con zeta. Quede, pues, en esta letra también el abecedario que sobre el siglo XVIII he venido recogiendo en esta Crónica, y supla esta inconclusión —que no quisiera fuera premonitoria— la investigación seria y el estudio profundo vertidos en los textos que esta noche se leerán aquí y aquellos otros que con posterioridad puedan incluirse porque el tiempo de la Cena no dé para más.

El anuncio avisa que tiene la palabra el Excmo. Señor don León Herrera Esteban:

Quiero decir, de entrada, cuánto me honra tener la oportunidad de hablar aquí esta noche. Mi abuelo, León Esteban, fue Director de esta Casa durante varios años en el primer cuarto de siglo. Durante su mandato se construyó aquel edificio, durante muchas décadas emblemático de la arquitectura jiennense, que estuvo en pie, en este mismo lugar, hasta hace pocos años, cuando un grupo de paisanos ilustres y emprendedores, acordó su derribo para «reconstruirlo»; y utilizo deliberadamente este verbo, porque tuvieron el acierto de fabricar, sobre el mismo solar, esta hermosa casa nueva, cuya contemplación, en su fachada, nos recuerda, a los que ya somos mayores, a nuestra vieja y querida Económica.

Lo cierto es que mi abuelo y tantos otros Directores Ilustres, supieron entender, al frente de esta Institución, el espíritu del aquél movimiento «renovador» que se conoce como el de la Ilustración, a cuyo frente hay que colocar al Rey Carlos III que, con «sus luces» —que fueron muchas— y sus «sombras», que fueron menos, aunque también importantes, es uno de los Monarcas más notables de nuestra Historia moderna. En el talante «reformista» de Carlos III y de su brillante y, en ocasiones, «contestado» equipo —Esquilache, Grimaldi, Floridablanca, Aranda, Campomanes, etc.— correspondió a este último, con ayuda de Cabarrús y Jovellanos, la fundación y divulgación de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, incorporando y reconociendo como tal, a la «Sociedad Bascongada» que ya se había anticipado a ese movimiento desde su creación por el Conde de Floridablanca, y extendiéndolas a todos los territorios de la Monarquía, incluyendo algunos de Ultramar.

*Yo supongo que otros colegas de esta agradable tertulia anual van a tocar, de un modo más profundo y vertebral, lo mucho que representaron las Reales Sociedades Económicas para el desarrollo de la agricultura, la industria, la navegación y el comercio y, probablemente, se referirán, también, a los dos importantes «tiempos» en los que su historia queda claramente enmarcada: el de su **impetuoso** crecimiento y, casi sin ningún período «intermedio», el de su **marcada** decadencia; todo ello siguiendo, lógicamente, el compás de los cambios y de la lucha política, que también fue radical, ya que del siglo de las Luces pasamos, sin solución de continuidad, al que, al menos en sus primeros decenios, pudo considerarse como el de las Sombras.*

Aunque posiblemente se encuentre en la Biblioteca de esta Casa, quiero recordar que existe un interesante trabajo de Jorge y Paula Demerson, cuyo título es «La Decadencia de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País» publicado en 1978 por la Cátedra Feijóo de la Universidad de Oviedo, que estudia el tema en profundidad y merece ser considerado.

En cualquier caso, lo que resulta obvio es que la Económica de Jaén, entre las supervivientes, es una de las más importantes y activas de esta media España del Sur, y que en ésta su nueva «edición», está acreditando, sobradamente, su «fe de vida».

Pero dicho esto y sin salirme del marco de la Ilustración, al que esta Casa, tan digna y eficazmente representa, mi intervención, además de ser breve, como es norma en estos entrañables «aquellarres» gastronómico-literarios, va a referirse a algo más distendido e informal como es el intento de «retratar», sucintamente, cual era el modo de vivir en la España de hace poco más de dos siglos de quienes iban, sin dejar de ser hidalgos, convirtiéndose en miembros de la media y alta burguesía.

El Historiador César Cantu traslada, a esos efectos, la descripción puntual que el español José Somoza hacía del modo de vivir en 1760, en Madrid y en muchas otras ciudades españolas. Es como la Hoja arrancada, del Calendario, de un día cualquiera:

Todo hidalgo —comienza la cita— después de levantarse, aguardaba al barbero, cuya operación era mucho más larga que lo fue después, y la cual nadie desempeñaba por sí mismo. Después, el peluquero comenzaba el peinado, a untar con pomada y empolvar la cabeza, en lo cual se empleaba aún más tiempo. Entonces, solamente, era cuando se comenzaba el gran trabajo de vestirse, en el que tardaban, los que lo hacían con más prontitud, lo menos tres cuartos de hora; pues tantas eran las piezas que había que ponerse y los broches que tenía el traje, desde los que sostenían el cuello hasta los que sujetaban el calzado. Terminada esta compleja «arquitectura», nuestro hombre se ceñía su espada, y rogaba a Dios que hiciese buen tiempo, en atención a que iba a hacer frente a la intemperie del aire, a pie firme y generalmente con la cabeza descubierta, cualquiera que fuera la estación.

Cuando iba a pie le era preciso la mayor precaución para preservar del barro sus medias de seda blanca y sus zapatos a la mahonesa. Era un talento de cierta importancia en una época en la que todos debían ir pedestremente; lo que después solo harían los comerciantes y las personas de negocios.

Entonces, incluso aquellos que tenían menos «dependencia social» se veían sujetos a ciertas conveniencias, arregladas a un ceremonial inexora-

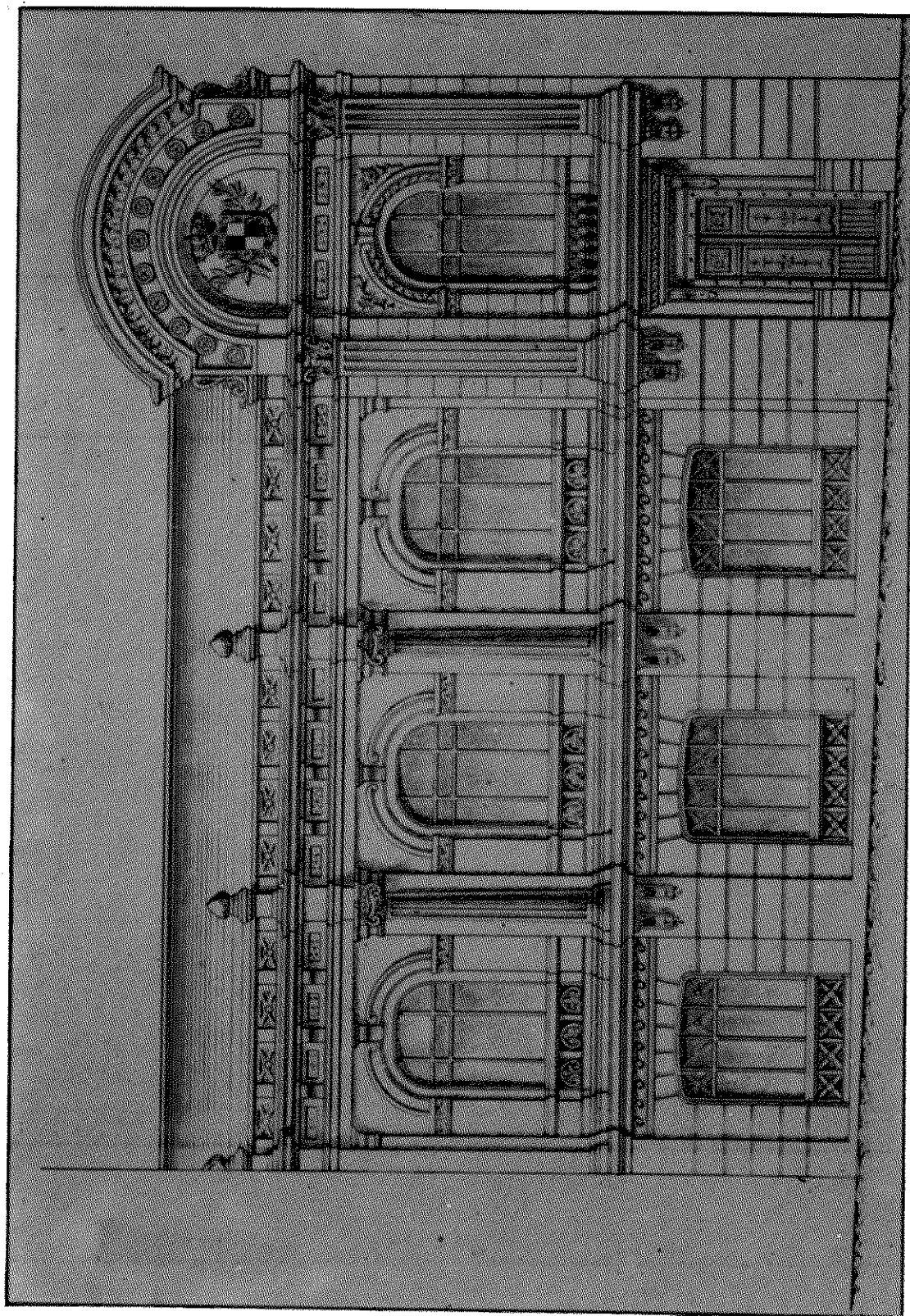
ble, que no dejaba un solo día de descanso. Porque se celebraban tres Pascuas, la de Navidad, la de Epifanía y la de Resurrección. Había además el día del santo y el de cumpleaños. Faltar a uno de aquellos deberes, ocasionaba la enemistad entre las familias. El menor viaje, exigía una visita general de despedida, que todos pagaban al día siguiente; y lo mismo sucedía a la vuelta. Cuando era el día de un santo cuyo nombre fuera común, el forastero que se encontraba en una ciudad, hubiera creído que estallaba un incendio o una sedición, tanta era la gente que circulaba por las calles, tropezando unas con otras y gritando.

Se comía á la una de la tarde; se comía mucho y era precisa más habilidad para saber comer, que para ganar con qué hacerlo. Se ponían en las mangas una especie de embudos de cartón, en atención á que se había convenido que no se debía hacer nada con las manos mientras estuviesen protegidas con aquel adorno. Se habían inventado otras cosas para preservar de manchas el traje y el cuello de la camisa. Pero ninguna tan singular como aquella de que se servían para dormir la siesta, que es costumbre general de nuestro clima. Se cuenta que Jovellanos dormía con la nariz sobre la almohada, pero sin tocarla más que con la frente, para no despeñarse.

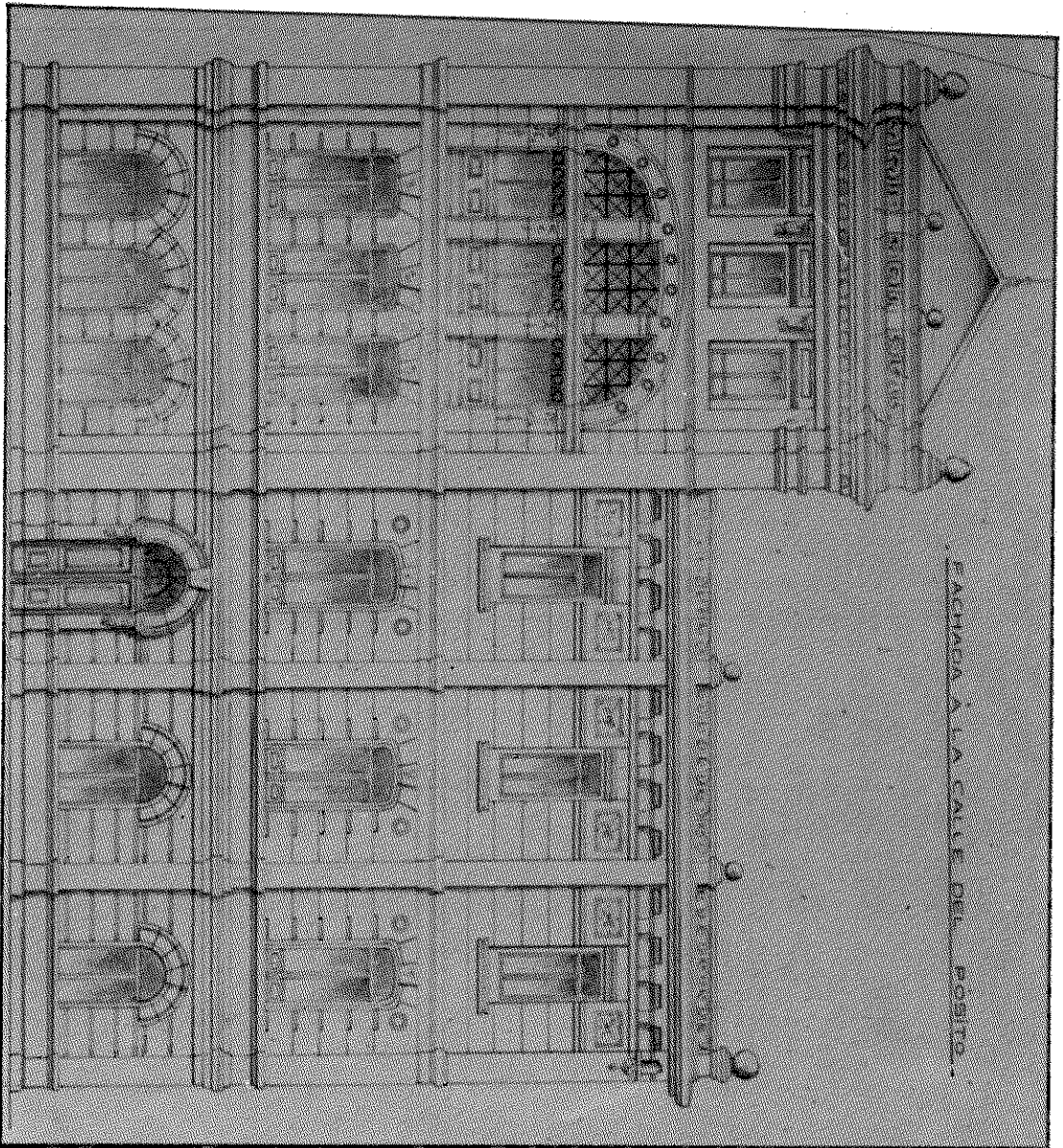
Solo á las escasas personas, que una Sociedad de tanto «cumplimento», no tentan que hacer visitas por la tarde, les era permitido el librarse de su peinado, cubriéndose la cabeza con una redecilla. Los que salían, lo hacían cubiertos con una capa; pero no por eso disfrutaban de más comodidad en su paseo, pues las medias de seda y los escaarpines no les permitían separarse de la acera. Sin embargo, la condición de los hombres era mejor que la de las mujeres, pues podían al menos apoyar el pie en el suelo, al paso que, subidas ellas en grandes tacones de madera, andaban de una manera poco segura y muy peligrosa, como gallinas que escarban la tierra. Ajustadas implacablemente dentro de un cuerpo de ballena, ¿Qué ejercicio podían hacer? ¿Y cómo no habían de haber caído al menor impulso? Aquel corsé era una cosa tan rígida e inamovible, que ciertas madres daban de mamar á sus hijos á través de un agujero abierto en la tela llena de ballenas; de manera que las pobres criaturas, acercando sus sedientos labios á aquella inflexible muralla, buscaban, a veces inútilmente, el calor y el sabor del seno materno.

La «gravedad» española conservaba el silencio y el decoro para las reuniones. Nada más grave y patético que lo que se llamaba un refresco o una colación. Colocadas las señoras en un estrado, formaban un frente de batalla formidable, sin dar otra señal de sensibilidad y vida que el movimiento regular y monótono de los abanicos. Había después otra línea paralela de señores por orden de dignidad, categoría y método. Parecía una reunión de personajes, más que para divertirse, para escuchar la terrible Justicia del Valle de Josafat.

Terminado aquel importante asunto, todas las familias se retiraban. Era preciso tanto tiempo para desnudarse como había sido necesario para vestirse. Mientras se desarmaba la cabeza de la señora, que abandonaba



Fachada a la calle Bernabé Soriano del edificio para la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén, obra del arquitecto D. Antonio Marío, y que no llegó a realizarse, pese a haber estado aprobado por el ayuntamiento en sesión de 4 de agosto de 1917.



Fachada a la calle del Pósito — hoy del Cronista Cazabán — del edificio para la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén, obra del arquitecto D. Antonio Merlo, y que no llegó a realizarse, pese a haber estado aprobado por el ayuntamiento en sesión de 4 de agosto de 1917.

un enorme gorro y una gigantesca peluca, la cabeza del esposo se libraba también de una batería de rizaduras que la circundaban con sus algodónados tupés.

La última de las ocupaciones ostensibles de todos los días para nuestros mayores, era dar cuerda a sus relojes. No era un corto trabajo, pues cada hidalgo tenía dos, cada uno con dos cajas. Todo era doble en aquellos felices tiempos: se usaban dos relojes, dos pañuelos, dos cajas de tabaco, etc.

En fin, eran tiempos en los que, entronizada la rutina, que tantas veces desalojaba de su sitio a las auténticas y respetables tradiciones, dominaban las "formas", —tanto mejores cuanto más ampulosas y rebuscadas,— sobre las cuestiones de fondo. Y así, campó por sus respetos aquella feliz creación del Padre Isla, que fue el "famoso" predicador Fray Gerundio de Campazos, de la que se sirvió para fustigar, implacablemente, y eso no se lo perdonaron nunca tantas Ordenes monásticas, aquella falsa y rimbombante Oratoria Sagrada llena de lirismo, de escasa calidad, de tropos y figuras rebuscadas y ...vacía de... todo lo demás.

Pero, en cualquier caso, historia es, y como tal aunque liviana me ha parecido oportuno recordar, siquiera sea fugazmente, cuando en ésta Casa, estamos rememorando hechos, acontecimientos y costumbres, del Siglo de las Luces.

¡Qué descansada vida aquella del hombre que huye del fin de siglo y se afana por alcanzar el tercer milenio! En eso del vestido y los afeites ha conseguido tal medida que se diría ha llegado al estado óptimo; muy al contrario de ciertas mujeres que, aun desballenadas, siguen encorsetadas de tal manera que impiden el natural discurrir de sus carnes, provocándole la desazón no pocos quebrantos y desvaríos.

Tiene la Confraternidad dos fidelidades que cultiva con esmero:

Primera.— No ha terminado el criado portugués de lacrar el recado de don Lope a sus huéspedes, cuando el maestresala es requerido para discutir con su señor el condumio que adornará manteles la noche de Santa Catalina. Sucede así desde el tiempo pasado. La liturgia se repite sin ensayo alguno; ambas, la del previo hablar y la del posterior yantar. Sólo fue preciso, en aquel primer entonces, que el maestresala conociera que las calidades de su señor se habían traspuesto sin

menoscabo a los cofrades de San Antón, y que estos no presentaban reparo ni remilgo alguno a todo aquello que desde Adán era tenido, al menos, por bocado de cardenal. El esmero con que todo se prepara, la selección meditada de las viandas que se guisan, la exquisitez de sus sabores, la pulcritud, la diligencia y premura de los servidores —José Sánchez Díaz y José Manuel Cobo Güeto—, aquellos excelentes caldos de Torreperogil o Bailén... todo hace de la Cena de Santa Catalina un recuerdo memorable, y no porque su tiempo quede reseñado en crónica fiel, sino porque el maestresala está empapado del espíritu de don Lope y ha calado su arte en la orondez ventruda de aquella noche. Impensable una Cena Jocosa sin Antonio Molina Fernández.

Segunda.— En el rito iniciático del autor de estas líneas en la Confraternidad, a sólo un año de esta noche, me cupo el honor de compartir mesa con tan eminentes cofrades como el mencionado y homenajeado Manuel Caballero, la oficialidad provincial y capitalina en esto del diario acontecer: José Chamorro y Vicente Oya, y mi colega en el arte de la tiza y amigo, Pedro Jiménez, a la vez hilo conductor que los lleva a la cena que esta noche nos ocupa. Ambos formamos mesa con el veteranísimo Juan Castellano y el novísimo —gemelo del escribano en la Confraternidad— Juan Cuevas. Antonio Catena, la reforma ilustrada de nuestro Prioste, completa el grupo de amigos que ha de comer y departir hasta que seamos llamados al epílogo de este evento.

Antonio Catena es la otra fidelidad de la Asociación, pero fidelidad sublime y óptima. Con Antonio Catena el reencuentro es permanente, su colaboración para que los Amigos de San Antón dejen feliz memoria de sus buenas obras la siento imprescindible. Sí, imprescindible. Podrá haber imprentas con mejores medios, con más expertos impresores, con papel de gloria, con tintas indelebles, incluso con presupuestos en ecus, pero, sin duda, carecerían de la exigencia que se le pide a cualquier hermano de San Antón: haber probado méritos y servicios y por ende, amor a las tradiciones y costumbres de esta notabilísima ciudad de Jaén. Antonio Catena cuenta como uno más en la cena y en la Asociación. El reconocimiento que su familia y él reciben hoy está compartido por todos y cada uno de los asistentes, así como por todos y cada uno de los ausentes.

Ha habido que esperar a la medianoche para que la poesía hiciera gala de su donosura, aunque venga en ripios el exordio y en mal

pergeñado romance el cuento de esta Cena. Trazada la diagonal por el cronista, distingo a Antonio Martínez Lombardo al lado de nuestro Prioste, sentado este, se levanta aquel:

Señores:

Una de las definiciones que nos da el Diccionario de la Lengua Española de la palabra «tradición» es «noticia de un hecho transmitido de este modo». Parece que el Sr. Prioste se ha empeñado en hacer tradicional el ripio de Martínez Lombardo en estas Cenas Jocosas.

Este año me he desviado un poco de mi línea habitual, escribiendo un romance con aspiraciones poéticas en algunas de sus partes. Los que no poseemos esas dotes maravillosas y los conocimientos de la métrica de que gozan nuestros Amigos Calvo Morillo y Molina Verdejo, tenemos que refugiarnos en el ripio para terminar algunas de nuestra «obras», que empezamos queriendo hacer serias y terminan en vulgares ripios.

En el romance de hoy he «fusilado» parte de uno conocido por mí (de autor ignorado). Conservando parte de su forma, lo he adaptado añadiéndole lo necesario de mi cosecha particular para así poder ofrecerlo, previa eliminación de palabras que, aun figurando en el diccionario, son groseras y malsonantes.

Dice así:

ROMANCE DE DON FIDEL DE GONZALLO

Mi Prioste:

*Por vos es conocido
un romance harto bestial
de capitán muy fogoso
en época medieval.*

*Lo he modificado mucho
para poderlo ofrecer
a nuestros buenos amigos
y de esta forma evitar
el lacerar sus oídos.*

*En el diccionario están
las palabras empleadas
pero por ser malsonantes
he procurado evitarlas
y, dándole un nuevo giro,
al romance original,
he tratado de olvidarlas
para así poder contarles
lo que aquel mancebo hizo
sin decir barbaridades.*

*Su título D. Ginés de Buitrago
también ha sido cambiado
y ahora se llamará
de D. Fidel de Gonzallo.*

*He aquí el nuevo romance
(aclaradas estas cosas)
que leo a los comensales
en esta Cena Jocosa.*

* * *

*Según libros nada nuevos
fue D. Fidel de Gonzallo
un capitán con más... bríos
que el caballo de Santiago.*

*Y refieren las memorias
de su historia peregrina
que triunfó en grandes batallas
con su bien forjada espada,
a la que llamó Heroína.*

*Otras batallas ganó
no tan fieras y guerreras;
fueron mansas y apacibles
conquistando a las doncellas.*

*Para que conozcan algo
de su muy extensa lista
aquí les refiero una
de sus múltiples conquistas.*

* * *

*En un brioso corcel,
muy ricamente enjaezado,
sale al despuntar la aurora
D. Fidel muy bien armado.
Va en busca de rica dama
en un condado cercano.*

*Galopando muy veloz
corta el viento sobre el potro
que le ha costado un... riñón
y casi medio del otro.*

*Llegado es a una torre
de fuerte castillo almenado
y su mano diestra alcanza
una escala que hay colgando.*

*«Tropa que trepa que trepa,
sube que sube que sube»
a una ventana ha llegado
y dando felino salto
en las estancias ha penetrado.*

*Bella dama lo recibe
y le estrecha entre sus brazos,
colmándole de caricias
y de amorosos halagos.*

*Transcurridas varias horas
de encendido arrobamiento,
D. Fidel cree oportuno
dar por terminado el lance,
volviendo a su campamento.*

*Dejando a la condesa consternada
bien... molida y sin aliento
y en arroyos de lágrimas empapada,
alejóse D. Fidel,
pisando gallardo,
firme y altanero,
en busca de la salida
de aquel pétreo aposento.*

*Pero hete aquí, hete aquí
que en el primer rellano,
cual fiero basilisco o endriago,
topóse con el rico castellano
—padre y señor de la condesa hermosa—
que con voz iracunda y temblorosa
así le habló a Gonzallo:*

*«Non es de gentiles homes
ni de infanzones de pro
...mofarse de una rica fembra
cuando su padre soy yo.*

*¿Ignoras que mi hija tiene
sangre azul en su blasón
y que es su sangre azul prusia
hasta en plena menstruación?
Mirad que habéis mancillado
mi vieja generación,
engatusando a mi hija
con este feo baldón.
Haced lo que más os pete
y dadme satisfacción».*

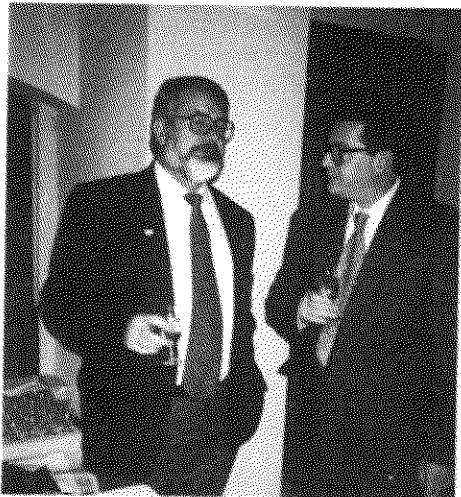
*Tranquilo y reposado al viejo conde
escuchó Fidel y, al terminar,
le hizo reverencia y contestóle:*



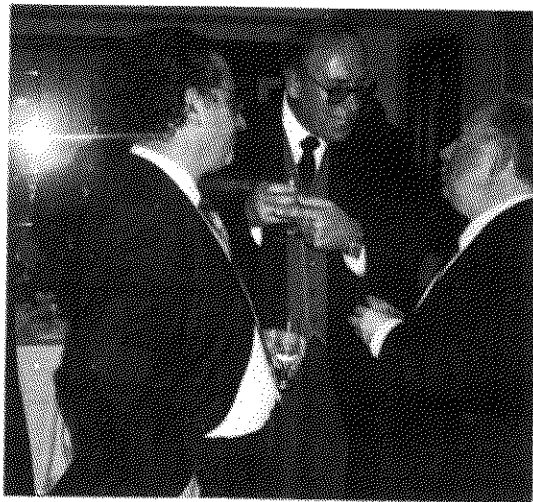
Pedro Casañas Llagostera, Enrique del Castillo y Manuel López Pérez.



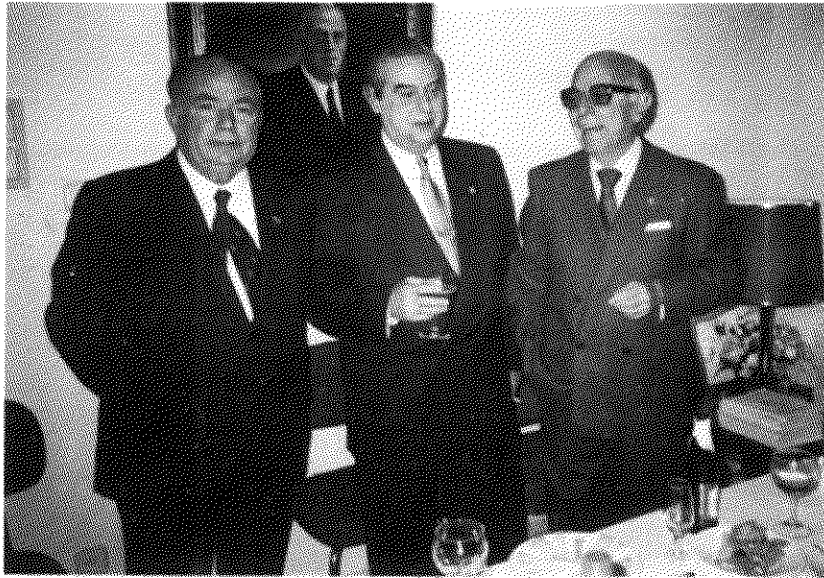
Francisco Olivares, Juan Eslava y Luis Armenteros.



Angel Viedma Guzmán y Juan Cuevas Mata.



Pedro Jiménez Cavallé, Luis Coronas y Vicente Oya.



Juan Castellano de Dios, Ricardo de Villegas Méndez-Vigo
y León Herrera y Esteban.



Antonio Martos García, Juan Higuera Maldonado, Luis Coronas Tejada y Juan Eslava Galán.



Angel Viedma Guzmán, Antonio Martos,
y Juan Cuevas Mata.

*«¿Se os puede ya hablar?
Buen viejo, estáis muy ñoño,
fablarme de casorio
—si es lo que vos pretendéis—
es irrisorio,
yo me acuesto a las ocho
y no tengo lugar a desposorio.*

*Y, mesándole las barbas al anciano,
se marchó de la torre
el muy villano.*

* * *

*Mi Prioste y Amigos de San Antón:
hasta aquí, prólogo y primera parte
del romance de Gonzallo;
si Dios me concede vida,
en nuestra próxima Cena
haré por continuarlo.*

Fingir ripios antes encierra buenas cualidades para trovar, para el ingenio y el desparpajo que pésima disposición para el arte del verso, porque difícilmente quien se siente poeta —ni por falsa modestia— confiesa que su metro es ripioso. Antonio Martínez Lombardo acompaña sus ripios de una dicción de alta ortofonía, con cadencias y modulaciones que embellecen aún más el verso. La fingida torpeza musical del ritmo acaba cobrando en su voz fuerza plástica y sólo en las últimas estrofas aprecio —sin duda porque son dialogadas— que Antonio Martínez Lombardo se vuelve más dialectal en la pronunciación, no por ello menos sobresaliente al recitar. ¡Y quédese para el año próximo en qué parará la doble afrenta del infiel Gozallo (sic) al viejo conde!

Apenas si habían dejado de escucharse los aplausos sostenidos para los institucionalizados ripios, cuando el Prioste devuelve al son de campanilla la diagonal de marras. Y es ahora Pedro Jiménez Cavallé, una vez logrado el silencio, quien, diapasón en mano, inicia su intervención de esta manera:

Esta noche he querido traer a esta contertulia de los Amigos de San Antón un tema del que nunca hemos tratado, ni aquí ni en otros círculos: el de los cantores capados o castrados de la catedral de Jaén.

El «capón» como se le llama en nuestra catedral es un tipo de voz artificial hoy día extinguido, que estuvo muy en boga a fines del siglo XVII y principio del XVIII.

Se conseguía mediante una operación que se practicaba en los órganos sexuales del niño, con lo cual se detenía el desarrollo de la virilidad, se paralizaba el crecimiento de las cuerdas vocales y de otras partes de la anatomía relacionadas con la fonación.

De esta manera se lograba perpetuar la voz infantil y evitar su evolución normal. Hay que tener en cuenta que la educación musical y vocal de los muchachos, sólo aprovechable para muy pocos años, y por tanto poco rentable, ha sido una de las grandes pesadillas de los maestros de coro.

Aparte de ello, la voz de los castrados aunaba al timbre y a la tesitura del muchacho las facultades provenientes del desarrollo de los pulmones en el hombre: ejecución fácil de pasajes larguísimos, dilatación extraordinaria de la messa di voce. De aquí que fuese una voz muy deseada y, por tanto, cõtizada. Los «castrati» actuaban sobre todo en las capillas, pero muchos se dedicaron también al teatro, a la ópera.

El origen de la castración con el expresado objeto se remonta a la antigüedad, especialmente en Oriente. Con el desarrollo de las capillas musicales en las iglesias y catedrales se fue extendiendo la práctica. Aunque no puede demostrarse que la Iglesia haya aprobado nunca los castratis, sabemos que al menos los ha tolerado, y ya en 1562 un castrati Hieronymus Rossinus, formaba parte de la Capilla Pontificia.

La catedral de Jaén, como otras iglesias de nuestra provincia (Castellar de Santisteban, por ejemplo) no ha sido una excepción a esta práctica. El Cabildo catedralicio y sus maestros debieron mostrar desde un principio interés por este tipo de voz, pues ya en 1565 se recibe al «capadico de castilla» con 3.000 maravedís de salario y un cahiz de trigo. En los años 1577 y 1581 se menciona también el «capado», en el libro de cuentas, al hablar de los mozos del coro.

Esta práctica continuaría en el siglo XVII con nombres como Salvador Fernández, primer capón del que se dice su nombre (23-III-1611), y Juan de Campos, Francisco Alonso García, Francisco de Luna... con posterioridad; y en la primera mitad del siglo XVIII, con otros como Isidro Templado o Antonio de Malpica.

Quizás uno de los momentos en que el Cabildo parece haber tenido un gran interés por estos cantantes fue en el año 1635, cuando quedó vacante la ración de cantor por muerte de Pedro Salas y se pensó en proveerla en otra persona, mostrando preferencia por un racionero capón.

En un principio se presentaron a la oposición Agustín Fernández, presbítero músico de la catedral de Sevilla, Baltasar Gilea, clérigo de menores y tenor de la Real Capilla de Granada, Manuel Portillo, maestro de capilla de S. Andrés, de Jaén, Juan Bosque, tenor de la catedral de Sevilla, y Miguel Almazán, racionero y tenor de la catedral de Avila. Parece ser que no había ningún capón entre ellos.

Después del examen el Cabildo acordó prorrogar los edictos y dejar

el plazo abierto; y a fines de mayo de 1635, al recibirse una carta de Pedro Lezcano, tiple del Convento de las Descalzas de Madrid, dirigida a Miguel García, organista de nuestra catedral, se acordó que le escribiera el canónigo don Diego Osorio, ofreciéndole la ración y 100 ducados de salario.

¿Quién es este Pedro Lezcano, «tiple» del Convento de las Descalzas Reales de Madrid? Evidentemente se trata de un «capón». Pocos datos tenemos de él, pero sabemos que era de Zaragoza, que estuvo en Córdoba, posiblemente en su catedral donde debió conocer a nuestro organista Miguel García, procedente de dicha iglesia. De allí pasó al convento Real de la Encarnación de Madrid y «por no querer servir a su magd. en su Rl. Capilla (dice él) me desterraron de md. y dandome el Patriarca por orden del Rey (Felipe IV) mil y doscientos ducados de renta el conde duque (de Olivares) alcanço Bolbiera a La encarn^{na}». Posteriormente se fue a Zaragoza, encontrándose en la fecha referida de 1635 en el convento de las Descalzas de Madrid.

Es en este momento cuando el Cabildo de nuestra iglesia entra en contacto con él a través del canónigo magistral don Diego Osorio Dávila, quien ya le conocía de su etapa en Córdoba. Desde aquí recibe diversas ofertas de varias iglesias, como las de Sevilla, Granada o del propio convento de la Encarnación con la intención, en este caso, de que volviera. Aunque el Cabildo jiennense desea oírlo antes de recibirlo, él se opone, ya que «eso (dice) es perder mi fama opinion y credito q tengo en md.», mientras indica que el nivel de canto alcanzado en ese momento es superior al de años anteriores, cuando le expresa al referido canónigo que «oy mui diferente estoy de como vm. me oyo en Cordoua».

Sin embargo, no va a ser fácil lograr que venga a la catedral de Jaén. Por una parte, Pedro Lezcano advierte que en el Real Convento tiene asegurados 8.000 reales, además de otros «aprovechamientos y percances» y «q esos sres. (refiriéndose al Cabildo de Jaén) no permitiran q yo pierda», por otra pide ajustar la ración a 800 ducados «q pues vm me dice q salas tenia cien ducados de salario y docientos de Capellania" sobre el valor de la ración, "tambien puedo yo merecer (dice) q su sa. me aga esa md.».

La oferta del Cabildo es la expresada anteriormente: la ración más

100 ducados. Aunque desconocemos el valor exacto de la ración ofrecida —suponemos que de acuerdo con las exigencias del aragonés)—, sí sabemos que no aceptó. Parece que el problema fue falta de decisión a la hora de dejar Madrid, lugar donde se había criado.

Esta es la carta que escribe al Cabildo el canónigo Don Diego Osorio dándole cuenta del tema:

«Sr. este capon es mas voltario qe veleta las determinaciones qe antes tenia de ir a seruir a V. Sa. las ha mudado en fixas resoluciones de no salir de madrid leyle la carta de V.S. que no quise entregarsela por la raçon q V. Sa. me dice en su carta de no haçer daño a la ygla donde esta, trújele a la memoria que me auia dado la palabra de ir a Jaen si le daban lo que tenia el racion^o Salas, dijele como ya V. Sa. se lo offrecia q no auia sino caminar a Jaen, començome a contar las grandes comodidades q tenia en madrid y que en resolucion no se atrebia a dejarlas, esto es este capon, yo tengo escrito a Ledesma a donde me dicen ay una voz excellent de tiple hele offrecido que si agradare a V. Sa. se le haran muchas comodidades y que quando otro agrade mas V. Sa. le dara vna ayuda a costa para el camino. espero la respuesta de esta offerta qe. sera para fin deste mes. Siruase V. Sa. de suspender la eleccion hasta qe yo le de quenta de lo que resultare porque me le han alabado mucho, si va a oponerse he de venir por aqui, yo hare q le oyga persona q entiende del arte y si me difere q es muy bueno al punto me pondre en camino con el sin dar lugar a que le oygan aqui y le engañen con partidos auentajados. nro. sr. ge. a V. S. como desseo md y Junio 19 de 1635.

Posteriormente el de Ledesma fue oído en la catedral, y al no ser del gusto del Cabildo no fue recibido. De aquí que, ante la dificultad de encontrar un buen cantor tiple, que fuera «capón» nombrara en la ración a Juan Bosque, tenor de la catedral de Sevilla, que había opositado ya con los otros candidatos mencionados.

A lo largo de este siglo y el siguiente ha habido otros capones, pero ninguno, al parecer, de la valía del que Cabildo aspiraba a conseguir. Pensemos y comparémoslo con Francisco de Luna a quien en 1644, tras ser oído por el maestro de capilla, por el sochantre y por el propio Juan Bosque, le aumentaron 30 ducados sobre los 50 que tenía, mientras que a Lezcano se le daba la ración y 100 ducados.

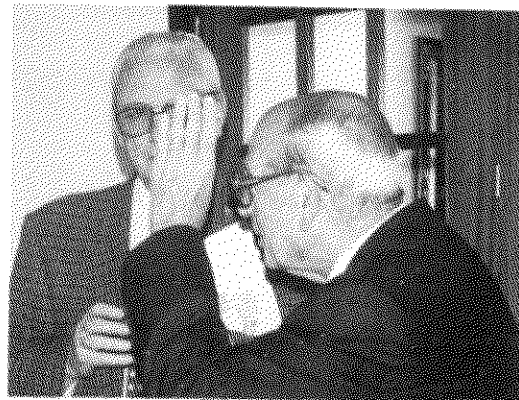
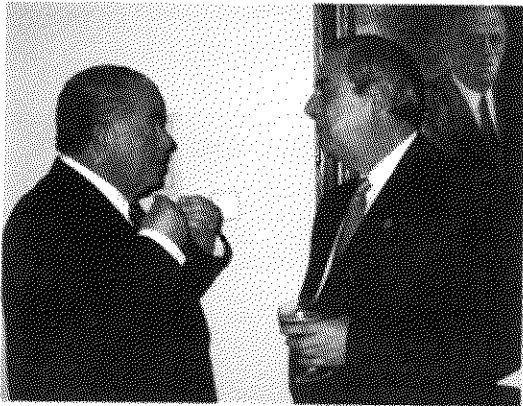
Aquí no cabe ni la duda prudente. Para costumbres vitandas como estas más vale la armonía de formas que trazara Vandelvira en el crucero. El silencio no debe asustarnos, todo lo contrario, invita al recogimiento y a la reflexión, al soliloquio que lleva a la plática con ese buen amigo que enseña secretos arcanos y descubre bondades ocultas. Ahora es cuando voy entendiendo al ilustrado Azara, quien muy ufano gustaba decir aquello de «Por la gracia de Dios, ya no somos tan pollinos como antes».

Cautivados los sentidos, como lo están, por la succulenta y salutífera ternera que acaba de repiquetear sobre la mesa, interrumpe el embeleso el aviso del Prioste. Ha contado ya el reloj más de una hora del domingo. ¿Acaso pretende el tintineo continuásemos en suspensa contemplación? No requieren ciertas viandas otra liturgia que no sea hacerse con ellas sin más preámbulos que una plegaria. Y cuando todos esperábamos el auxilio para nuestros bien reparados estómagos, se levanta, de la casta galénica, Diego Jerez para leernos... las cuartillas:

Ante la Medicina actual de gran nivel científico, sofisticada mediante aparatos para el diagnóstico y tratamiento, la espectacularidad de la Cirugía moderna, podía uno pensar que los curanderos, sanadores, brujos, videntes hechiceros santos y santas, tentan poco trabajo que hacer. Sin embargo vemos como mucha gente, incluso con la formación que podría hacernos creer se burlaría de estos, los busca afanosamente solicitando ayuda.

Siempre se ha pensado que el fenómeno del curanderismo y la Chamanería era propio de los pueblos aislados o de las clases sociales poco formadas. No es así Hoy presenciamos como cualquier clase social los utiliza y en las ciudades más cosmopolitas proliferan incluso con su placa puesta y reciben en su consulta a una numerosa clientela.

Es frecuente que estos santos, sabios o santas (lo más frecuente) que están dotados de un gran sentido común (el menos común de los sentidos) y de una gran dosis de ingenio, se valgan de diversos métodos



Hablando se entiende la gente...

De izquierda a derecha y de arriba a abajo: José María Pardo Crespo y Enrique del Castillo Rodríguez-Acosta.- León Herrera y Esteban y Diego Jerez Justicia. Juan Castellano de Díos y Ricardo de Villegas Méndez-Vigo. Juan Higuera Maldonado y Juan Eslava Galán. Antonio Casañas Llagostera y Pedro Jiménez Cavallé. Diego Jerez Justicia y José Chamorro Lozano.



Ignacio Ahumada, Juan Higuera y Juan Eslava.



Ricardo de Villegas y Pedro Casañas.



Vicente Oya, José Casañas y Antonio Catena.



Julio Puga Romero, Alfonso Parras y Felipe Molina Verdejo.

que van desde el «gancho» (taxista, portero, dueño de la fonda, municipal, etc) que obtiene información del mal que trae, de su historia y, de paso, de los «posibles» del paciente, porque aunque no cobran y lo dejan a la voluntad es conveniente saberlo para la buena marcha del negocio. Informado por el «gancho» de los sonsacados, el curandero sorprenderá al paciente leyendo en su cara el mal o el «calvario» que lleva pasado. Después le dará el remedio que incluso puede ser algún producto de los llamados «de mostrador» de la botica o del herbolario, porque ya están anticuadas las bolillas de papel «Indio Rosa» o de «Bambú» que usaba nuestro paisano el Santo Custodio.

Generalmente hacen unos diagnósticos fabulosos y peregrinos, que los pacientes aceptan sin la menor cortapisa: «que el niño tiene unas calenturas que se deben a un trapo detenido en el estomago», «que el dolor de cabeza es debido a que las lombrices se le han subido al cerebro», «que tiene el corazón más grande que la caja», etc.

Desde toda la vida hemos visto como había quién curaba el «mal de ojo» o lo mandaba prevenir bien con objetos como las cuentas de azabache u otros, o las invocaciones como aquélla que dice:

Dos son los ojos que te han hecho el mal,
pero tres te han de mirar,
porque son tres las personas
de la Santísima Trinidad.

Para las «calenturas palúdicas» o tercianas recomendaban al afectado acudir antes de la salida del sol a un camino con una vara de adelfa; de espaldas y sin mirar tenía que trazar en el mismo cierto número de rayas paralelas y otras transversales igual al número de accesos febriles al tiempo que tenía que decir la jaculatoria siguiente:

Dios te guarde San Apolón,
Calenturas traigo, tercianas son,
aquí te las dejo, quédate con Dios.

A continuación debía arrojar la vara de adelfa lo más lejos posible, sin hablar con nadie hasta que el sol haya terminado de salir. Todo esto se perdería si al volver se encuentra con un hombre o con un gato. Si la vara se la encuentra otro individuo este será quién recoja las «calenturas».

Métodos parecidos se han usado para los orzuelos poniendo un montón de piedras con sal y se transmitiría el orzuelo al que le diese un puntapié y derribara el majano. Otras veces se han usado las orinas de melliza. Para las verrugas contar estrellas.

Dónde hay para escribir todo un tratado es el arsenal de supercherías para los partos. Muchas mujeres de nuestras tierras han parido musitando el nombre de San Ramón Nonato; ello sería edificante en tanto es el Santo Patrón de los buenos partos, pero no es tan eficiente la jaculatoria al uso que dice:

*San Ramón Nonato
Ciérrame la boca
y ábreme el aparato.*

Alguien cuando conoció esta jaculatoria dijo:

*Las mujeres paren cuando paren,
se acuerdan de San Ramón,
pero no se acuerdan del Santo
cuando están en la función.*

Se rezan «el paralts», «los aires», «las culebrillas» antes que se junte la cabeza con la cola y por un nacido en Viernes Santo que son los de la gracia para la salivilla.

Pues bien, todo esto tiene una explicación, aparte de que la Medicina se iniciara en el brujo de la Tribu, es que al encontrar el paciente una Medicina sofisticada, científica, empírica y desprovista de humanidad; el médico ya no es don José, ni don Manuel, ni Don Diego, sino que es «el de los Rayos», «el de la piel», «el del hueso», «el comadrón» o el de la Residencia; se dan por escrito los informes y el tratamiento, el médico les habla poco y se pierde la «silla» ese gran instrumento de la Medicina que decía Marañón y entonces el paciente se encuentra minimizado, desplazado y puede que acuda al curandero donde va a encontrar el calor humano que ha perdido la medicina.

Hoy además nutren las consultas de los curanderos, pacientes con enfermedades crónicas, desahuciados, cancerosos, depresivos...

El caso que a continuación viene, curaba por energía como lo debía hacer Mesmer en el París Ilustrado que tanto éxito tuvo, y por consejos o pensamientos dignos del Séneca pemaniano.

En un rastro encontré un hombre que vendía entre otras cosas viejas, un montón de cartas esperando algún filatélico. Cogí una de ellas y más que el sello me interesó lo que llevaba escrito el papel interior. Enseguida vi que se trataba de la carta de un enfermo a un curandero; observé otras más y se repetían los casos. Era el archivo de la actividad profesional de toda una vida de D. José Suarez Pérez mejor conocido en su pueblo de Campanillas por «Joselito El Posero». Casi todas eran de los pacientes al tal Joselito, ya que las de este a los pacientes no estaban, salvo unas cuantas que habían sido devueltas por desconocer el cartero el paradero del destinatario o sabe Dios si porque eran graves y se habían muerto.

Durante el verano pasado me picó la curiosidad e intenté ver si después de unos años que hacía aquello, vivía el personaje. Tras una serie de peripecias y casualidades logré descubrirlo porque ardía en deseos de conocerlo; tras haber leído más de quinientas cartas. No me defraudó, era un alma sencilla sin dobleces; él mismo, se creía su poder a pies juntillas y estaba convencido de su virtud energética.

De entre las cartas y casi al azar he escogido unas.

De una monja, Hija de María:

Recibí con alegría su carta en la que primeramente me da muy buenos y saludables consejos, que los recibo como de la mano de un santo, pues si se cumplieran todos ellos por todos iríamos mejor en el mundo. Yo en cuanto a ellos procuro ponerlos en practica porque veo que ese es el camino para mejorar en todos los aspectos, pero señor Suárez, tengo que advertirle que tengo muchas dificultades en la vida precisamente con gente que no me quiere demasiado bien y tengo que luchar y estar siempre alerta, porque me piden más de lo que una persona puede dar y con eso se me resiente la salud.

Tengo que decirle que desde que recibí su carta y con ella la transmisión de corriente (como me dice) me encuentro mucho mejor; voy mejorando notablemente. Quiera el Señor que con esto y con mi buen entendimiento con esas personas demasiado listas y sagaces, mejore completamente. Supongo me seguirá Don José. Pido al Señor le de mucha suerte para seguir adelante en este camino maravilloso y bonito de ayudar a los demás.

Yo, como se puede suponer no tengo ni cinco centimos pues en los conventos no disponemos de nada. Le ayudaré con mis oraciones.

Ahora le pido, por favor, que el sobre cuando me escriba, me lo mande con letra sencilla sin llamar la atención y lo mande a mi nombre, que la otra vez no puso mi nombre, sino Siervas de María y

me abrieron la carta, aunque de momento se dieron cuenta que era para mí y me la dieron porque estaba delante. Si sospecharan algo no me la darían.

En una carta contesta «Joselito» a una paciente que la consulta la había hecho grabada en una «casette» y cuya carta le fue devuelta:

Me perdonará por aber atardado varios días en contestarle y acido la tardanza porque yo no tengo «radio cacé» y tube que buscar uno.

Ante todo un cordial saludo de este su amigo José Suárez Pérez y aparte le digo que he recibido su grata comunicación y aunque no muy bien entiendo algo de lo que me quiere decir Vd. y aunque no la halla entendido muy bien, comprendo que allebado una vida amarga casi todos su 44 años y no es de estrañar porque de hese mal padecemos muchas perzonas y lo conocemos por experencia. Yo tengo 55 años y también conosco todo lo malo de la porguerra y lo mucho malo después de la guerra pero yo fui un hombre luchador contra los males, amí nunca me llegó adesperar nada, nunca me encontré nada mas fuerte que yo, amí nunca pudieron bencerme las malas circustancias ni malos pensamientos, yo fui ciempre feliz bajo las rruinas mas tremendas, pase ambre mucha muchísima y mis padres que Dios los tenga en la gloria. Pasé frío, trabajé mucho cin ganar nada, fui 8 años a la legion buscando experencias donde borbi apasar y a sufrir aquello que no abía sufrido pero yo ceguia mirrismo cin cobardía; El tiempo era mas largo que la fortuna, yo pensaba que tendría que cambiar argundía y que ciempre que lluebe ce moja menos el que lleba mejor sombrilla y en todo lo malo bense quien lleva mas ánimos; yo llegaba a divertirme con lo malo que pasaba, era para mí un orgullo de pazar un decierto, bajo mis escasos medios llegaba o conciderarme un hombre baliente un hombre sin ostaculos, un hombre libre, por sus propios medios cin alluda de ningún especie y un hombre que cin alluda ninguna iba buscando de alludar a todo el mundo incluso alludar a aquellos que podían ayudarme y no me alludaban crellendo que no precisaba alluda y tenemos que darnos cuenta que el balor principal es el naturar y ai personas que el dinero es como el bastón de un cojo, solo cirbe para alludarce artificialmente y el merito perzonal es capital natural y propio y debe uno de petecerlo antes que el dinero, él concentido puede ganarlo, pero el centido no ce gana con dinero, ce puede remediar con esto, quiero decir que bibamos con ilusión; la ilusion siempre bence es fuerte y se gana cin dinero; ay que tomar las malas circustancias por buenas películas. recordar el pasado como distraimiento y esperencia y pensar en futuro como prebencion y mejora del pasado y no buscar aquello que uno perdió después de perder. Buscar de ganar nuebamente, que nunca es tarde ci la dicha es buena. Aparte de todo estoy ablando y no ce ci me comprenderá,

quiero referirme que la comprendo, una mujer desesperada y aburrida, y quiero que adote mis modos. Aparte yo creo que de aquí en adelante verá Vd una mejora en subida, me refiero de ánimos y de salud y verá muchos cambios en su vida si lleva mis consejos y aprenda esta copla que dice:

*Aquel que por mí suspira con un suspiro le pago,
yo no caricio ni alago a quien de mí se arretira...
y sin otra cosa de momento yo me despido de Vd deseándole un
aumento de ánimos aparte que creo que lo tendrá y mucha salud.
Este que lo es José Perez.*

Y por fin, otra carta:

Alicante, 31 de Octubre del 1979.

*Sr. Don.
José Suarez Perez*

Estas letras son para explicarle los motivos por los cuales me dirijo a Usd., verá por lo que he leído en el periodico, mejor dicho en la revista CHISS, Usd. puede curar incluso por correspondencia, osea que no es menester que uno tenga que desplazarse hasta su casa.

Nací el 26-2-43, por lo tanto tengo 36 años de edad, peso unos 128 Kgr. aprosimadamente, mi estatura es de 1,62 ctm., el perimetro del vientre es de 1,33 y el del cuello 49 ctms, le doy estos datos para que tenga una idea de lo que puede ser mi persona.

Mi enfermedades son: Los Riñones, de los cuales llevo 5 años de baja, bueno de baja en realidad solo he estado tres, pero los otros dos los llevo sin poder realizar esfuerzos, y no por falta de ganas sino por que me es imposible. En la parte trasera de la cabeza aprosimadamente en la nuca, siento algo así como deslizasemos arena por una lata, el ruido que produce el batir de una mosca sin alas, o el deslizar de las piezas de un sonajero, el resultado de esto es cuando me pasa, no puedo mover los brazos, pues me aumenta el dolor a la vez que los ruidos, bueno me refiero a moverlos mientras ando, aunque el mismo andar me produce ruidos y daño aunque menos que los brazos, la única medicina que me quita estos dolores es la comida, segun el médico esto es debido a que tengo iniciación de desgaste en la columna vertebral cervical. Cuando me siento noto unos dolores fuertes y tengo que cambiar continuamente de posición, segun yo creo se debe al gueso sacro y al coxi, más claro al rabillo.

Cuando me hago cualquier erida por pequeña que esta sea, y esté en la cara anterior de la pierna o sea la espinilla, se me pone morada, como si estuviese infestada, y después de curarse, la pierna se queda completamente morada, segun creo por falta de riego sangrimeo.

Referente a los riñones le diré, que me produce un esguince en la región lumbar, de lo cual ya le he hablado antes.

Tengo también una gran cantidad de acido úrico.

Suelo orinar tres y cuatro veces todas las noches y sobre todo cuando me levanto.

Padezco una gran falta de memoria, la que me gustaría tener.

Tengo el defecto de morderme la lengua, sobre todo cuando amodorrado en cualquier lugar, así como una silla, y momento en el que no tengo nada que hacer, me quedo dormido.

De algún tiempo a esta parte, los ojos se me quedan como si los tuviese secos y con tierra, me duelen y yoran, también pierdo vista.

Joselito les pedía para mandarle energía ropa del paciente, fotografías.

Le ruego que me diga la ropa que he de enviarle, si de trabajo o vestir, de la que gasto ahora o que haya gastado. Le diré que aún quedan más cosillas que curar, así como unas 120 berrugas, que me pongo malo cada vez que las veo, y eso es a todas horas.

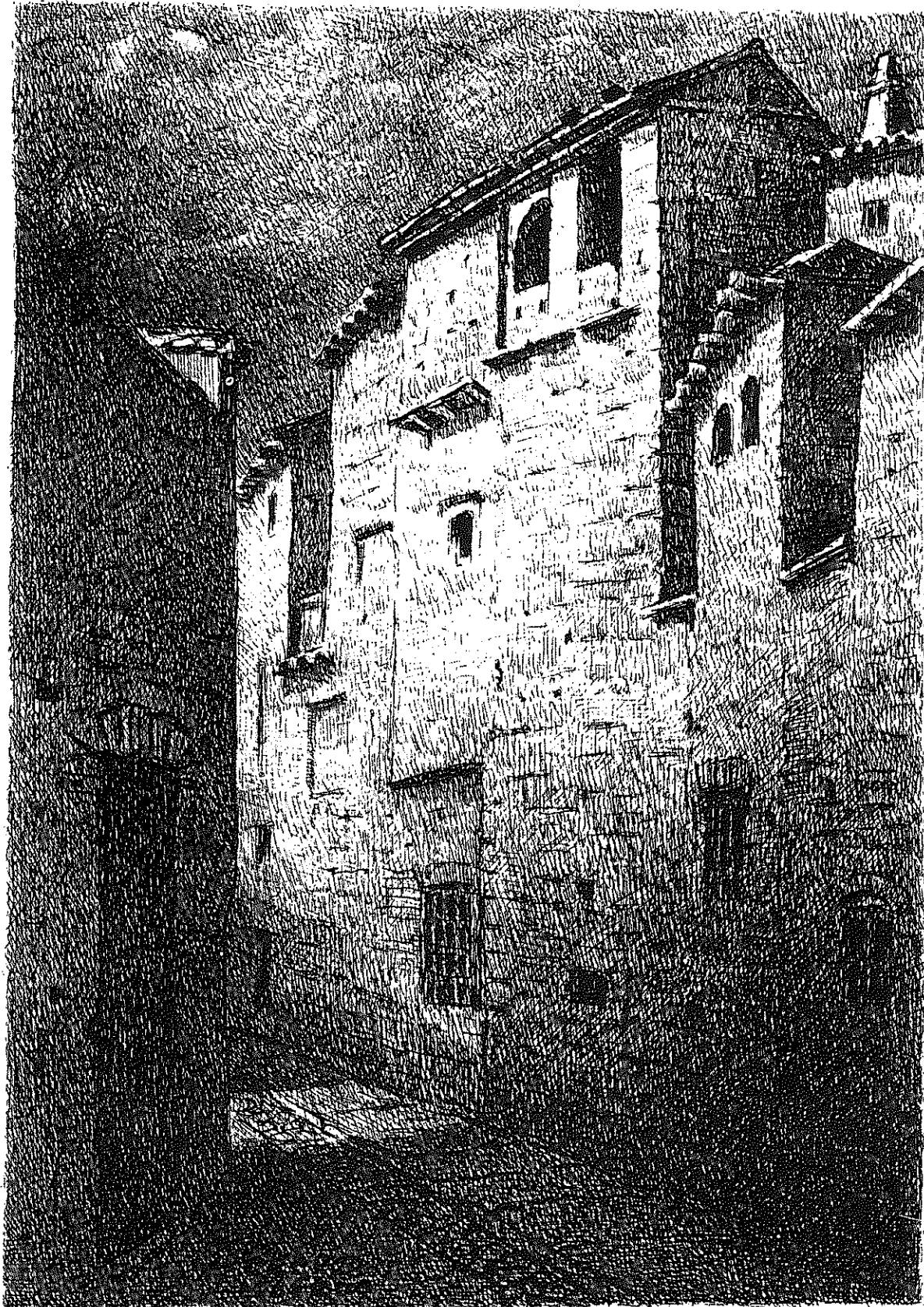
Sin más y esperando su contestación se despide Utd. S.S.S.

Ignoro el tratamiento que le haría a este hombre que me atrevo a pensar tiene todos los visos de ser una obesidad con Síndrome de Picwick denominación que utilizamos los médicos en recuerdo del orondo personaje de Dickens que se dormía en el pescante; probablemente un gotoso, diabético y poliartrósico este nuestro personaje. Pero tras haber conocido a «Joselito el Posero» estoy seguro que le escribiría dándole unos buenos consejos apoyados en sus típicos refranes, lo animaría a tener paciencia y esperanza en la energía que le iba a mandar.

Me contaba Joselito que estaba decepcionado de la «cura cera» —como el decía— que habría que cobrar muy caro por los servicios y que la gente no estaba para ello. Lo habían operado de un proceso gástrico, al abrirlo y ver el médico que era un proceso canceroso muy avanzado le dijo hace dos años, que volviera a los quince días (porque creía que me habría muerto y no aparecería —me decía—; a mi familia le dijeron que no duraba una semana) pero yo me he curado por mi mismo y no he vuelto. Me contaba.

Ahora —me dijo— se dedicaba a señalar agua con el péndulo. Pero que cobraba según los litros que el dictaminaba porque ¡¡y si esperaba al pozo y luego ni había agua...!!

Descubrí una gran alma.



Calle de Las Contreras.- (Dibujo de Francisco Cerezo).

¿Cuántas reformas, ilustradas o no, habrán de venir para acabar con la impostura y la superchería?

Al cabo de la cena, que la velada aún está por clausurar, quiere venir la poesía. Se acercan las dos de la madrugada. A los entretenidos versos de Antonio Martínez Lombardo, siguen —separados en el tiempo— los endecasílabos de Miguel Calvo Morillo. Quiere el Prioste que los cuadros de Parras, una vez que todos hayamos abandonado la sala que ha servido de comedor, queden en la mejor compañía que puedan proporcionarle los Amigos de San Antón. El arte de la imagen y el arte de la palabra juntas. El inmarcesible soneto ha sido la estrofa escogida por Miguel Calvo para la ocasión:

DOS SONETOS Y UNA FUENTE

LA ECONÓMICA (*Réquiem y gozo*).

*Cuánto abandono. El piano medio muerto
en un salón de arriba se moría.
Poco a poco tu gloria decaía
de Real Sociedad en desconcierto.*

*Eras la incertidumbre de lo incierto.
Nido de incuria lleno de apatía.
La jaenera y estúpida ironía.
Nave al garete sin rumbo y sin puerto.*

*Y abrió tu corazón dura piqueta
y caíste de pie cual viejo olivo
desde tu origen hasta la veleta.*

*Nada quedó. Ni un ripio acusativo;
Más te salvó Ezequiel —nauta y profeta—
que enderezó tu proa hacia el arribo.*

PLAZA DEL DEÁN MAZAS

*Plaza para un Deán. Plaza silente
donde lenta la tarde se recrea
cuando el sol los aleros festonea
de oro en su camino hacia el poniente.*

*Plaza sacrificada y penitente
donde, por fin, la paz canta y gorjea,
cuando el pájaro su trinar canjea
por un sorbo del agua de tu fuente.*

*Ha crecido tu árbol más frondoso.
Sigue la palmera en piedra cincelada.
Tan sólo el viento, que rua presuroso*

*por los arcos de piedras desgastada,
del soportal hidalgo y silencioso,
va cantando tu historia acrisolada.*

LA FUENTE

*La fuerza y el tesón, la fe incansable,
y el grito del verso sosegado,
que fluye, por tu esfuerzo agigantado,
al desgajar la roca inquebrantable.*

*Nace a tus pies el agua imperturbable.
Nace la vida. Y nace ilusionado
el germen del futuro esperanzado
para el hombre y su lucha infatigable.*

*La espiga y el racimo —tierra y cielo—
y la biela del brazo que no cesa
al ritmo del trabajo que alza el vuelo.*

*Hombre de piedra gris y noble empresa,
espejo eres de un mundo sin anhelo,
donde tu ardor a nadie le interesa.*

¿Naturaleza muerta la constante de estos tres sonetos? La fábrica que se derrumba por el tiempo, la recoleta estancia municipal dedicada a un ilustrado y la fuente salutífera de un emblema han tenido su contrapunto en otra fábrica que se levanta, un testimonio permanente de esperanza y una fuente que fluye después de doscientos cuatro años.

La vuelta al refectorio de entrada, previa pose en la escalera principal para la histórica fotografía, anuncia el epílogo de la Cena Jocosa. Es llegada la hora de la recapitulación en el verbo, y en esto del comer cumple el momento de la dulcería y los anises. Vuelve el verso para adornar la reunión. El maestro de soneto, Felipe Molina Verdejo, se cala sus lentes, atusa su bigote, deja el cigarrillo en lugar apropiado... y con la apostura de todos conocida deja escapar la dedicatoria de su metro:

Al Deán Martínez de Mazas, después de leer su Retrato al natural de la Ciudad de Jaén:

*Si luego de esta vida que gastamos
con poco beneficio y mucho empeño,
salvados los escollos, arribamos
a puerto más risueño,
y allí, la barca al paio ya segura,
arriar puedes las velas,
y sin zozobras de la noche oscura,
contemplar, divertido, las estelas
que ha dejado en la mar tu singladura,
gaviero de la nave gobernada
por aquellos pilotos ilustrados
te imagino, ganosa tu mirada
en busca de veleros naufragados
al embate de un tiempo proceloso.*

*¿Suenan en ellos la voz de tu elegía?
¿Arrastran huellas del retrato umbroso
de una Cabeza desolada y triste?
Aquella que nos duele todavía
en el libro tremendo que escribiste.
Aquella cabecera
erguida ayer detrás de los bastiones,
labradora de paz, si no guerrera,
más cumplida en haciendas que en blasones,
que apoyaba los techos de sus lares
en la recia defensa de sus fueros,
afamada en batanes y telares,
moral industrial de sederos,
celosa de la tierra bien arada,
abierta a los boyeros
con olores de unguento traspasada;
serena libadora
del jugo de sus viñas, no de ajenas;
Diana de sus bosques cazadora,
confitera de miel de sus colmenas,
ministra liberal de sus caudales,
úteros prodigiosos sus canteras,
de piedras catedrales,
pese a viejos desmayos parideras.
Feliz Arcadía de una edad dorada
fue aquella que miraste, ya sus muros,
Deán, desmoronados, ya cansada
de sostenerlos contra tiempos duros.
Cautivos de lisonjas cortesanías
los que ayer emulaban a Catones,
despreciaron las aureas horacianas
de las moderaciones.
En mercenarias manos desatentas,
dejaron tierras, casas y cuidados,
y en vez de savia nueva a sus raíces,*

*sangre les dieron de penosas rentas,
escombros de los techos arruinados,
miserias de unas gentes infelices.
Lo mismo que gangrena de una herida,
corroyó el desaliento
las máquinas motoras de la vida.
Sufrióse cada cual su sufrimiento,
y se avino el común con su indigencia,
y no quedó estamento
que no fuera estación de la indolencia.
Los campos y los pechos sin cultivo,
los llenaron zarzales de ignorancia,
y sólo resistió superlativo
un cardo venenoso de arrogancia.
Hicieron caridad los limosneros,
y hambrunas aliviaron, no flaquezas,
no diques al despojo de dineros
para el fácil auñar de otras cabezas.
Quedó la nuestra, al fin, desalmenada,
los hierros de sus armas herrumbrosos,
la hueste acobardada,
los líderes ociosos.
Testigo fuiste tu de su ruina,
y con dolientes ojos,
dolido la dejaste retratada.
Nos recetó tu pluma medicina
para curar, al menos, los despojos
de aquel universal derrumbamiento.
Izó la nave sus rasgadas velas,
torció sus rumbos a favor del viento,
y bogó con un lastre de secuelas,
hundiéndole la quilla,
una vez y otra vez, en los bajíos.
¿La ves, Deán, la ves desde tu orilla?
¡Siempre a la zaga va de otros navíos!*

Y todo me da nuevas de la muerte. Pero me preocupa mucho más la indolencia que se ha enquistado en el corazón de nuestros hombres. Me asusta la quietud con que soportan sin inmutarse la nueva plutocracia. Me turba el estoicismo con que resiste tanta afrenta de imberbes valentones y perdonavidas. Me aturde que no discrepe de tanto desnutrido intelectual como bordonea por sus calles y salones... ¡Esta tierra nuestra que no ha perdido la ingenuidad a pesar de los fracasos!

Desde la otra orilla, el hombre de claras luces y discurrir brillante calla y aguarda confiado el milagro de la rama verdecida.

Aguarda, nuestro confraternal y buen amigo Vicente Oya, que todo acabe, que el Prioste cierre la decimoséptima Cena Jocosa para dar a la mañana siguiente cumplida cuenta de lo ocurrido, de lo esencial del suceso:

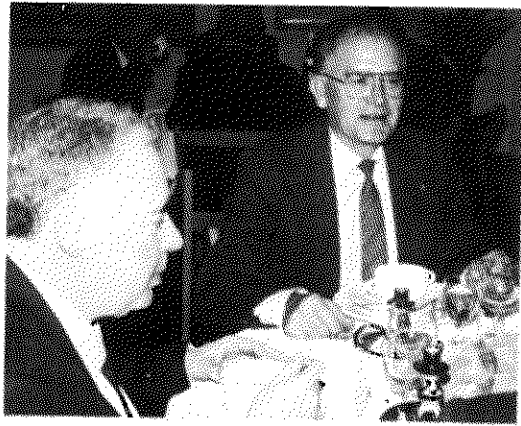
Cumplo con gozo el encargo que he recibido de Gacelo, pajarillo inquieto que vuela cada domingo con las hojas de «IDEAL», como alas. Y leo esta crónica de una cena jocosa anunciada, o sabida por celebrada, que, seguramente, aparecerá mañana en el periódico. Quiere Gacelo que, en su nombre, la dedique a La Económica, que nos acoge, a los ausentes y a las presentes, y, de modo especial, al cronista de antaño, José María Pardo Crespo, y al de hogaño, Ignacio Ahumada Lara.

* * *

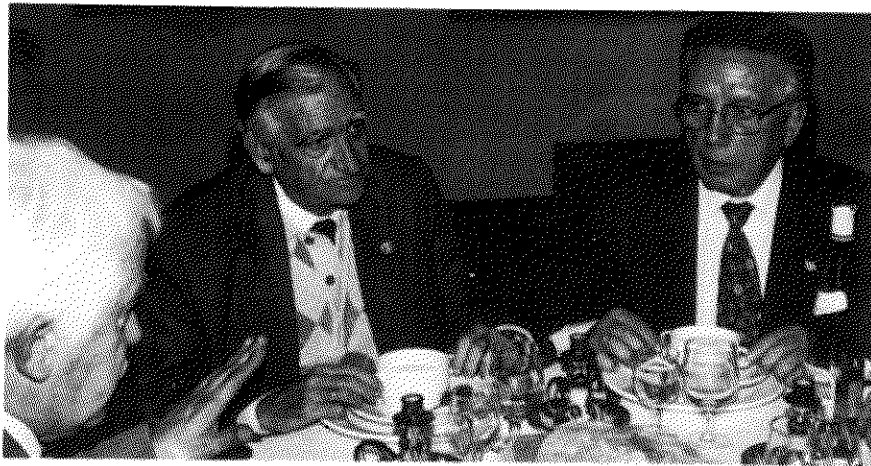
Cada año, desde 1978, antes o después de Santa Catalina, que ejerce su patronazgo sobre Jaén, los Amigos de San Antón celebran y consumen la Cena Jocosa. Lo hacen para recordar aquella cena famosa que se cuenta en una celeberrima composición de Baltasar del Alcázar (1530-1606), en la que el insigne vate sevillano dejó constancia de su gracia satírica y del humorismo andaluz. Sabido es que, en 1928, en torno al Cronista Alfredo Cazabán Laguna y la Revista «Don Lope de Sosa» (1913-1930), un grupo de jaeneros, amantes de la tierra, se reunieron para celebrar lo que llamaron «Otra Cena Jocosa», que luego narró, con su gracia andaluza y su singular acento costumbrista, el



Juan Eslava, Diego Jerez, Enrique del Castillo y Manuel López Pérez.



Vicente Oya y Juan Higuera.



Felipe Molina Verdejo, Francisco Olivares y Antonio Casañas.

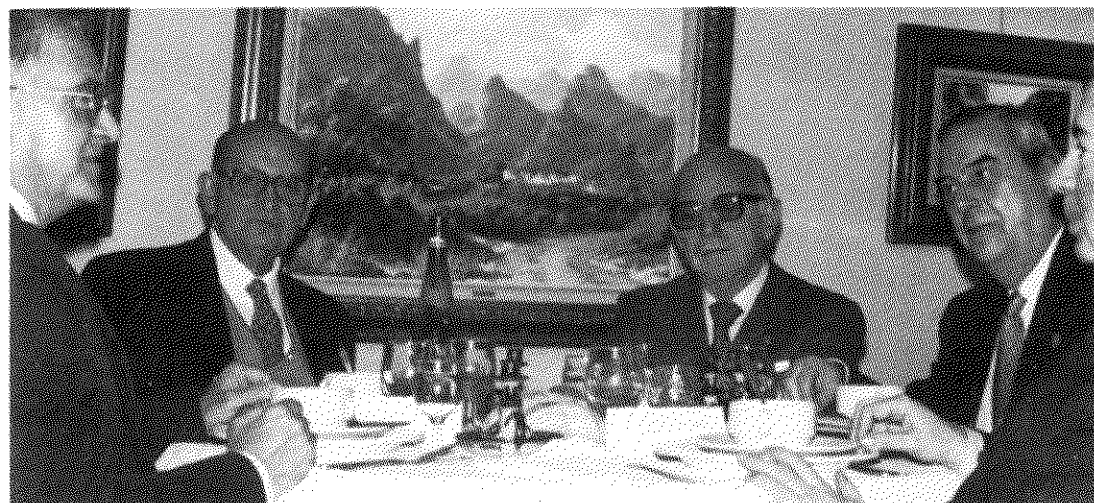
100 años de la fundación de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de España



Antonio Catena Ramiro, Pedro Jiménez Cavallé, Ignacio Ahumada Lara, Juan Cuevas Mata y Juan Castellano de Dios.



Luis Armenteros Basterrechea y Angel Viedma Guzmán.



Juan Higuera Maldonado, José Chamorro Lozano, León Herrera y Esteban, Ricardo de Villegas Méndez-Vigo y Vicente Oya Rodríguez.

inolvidable Antonio Alcalá Venceslada, en aquella irrepetible Crónica Provincial.

Cincuenta años después, en este Jaén «donde resido», los Amigos de San Antón, con su prioste, Pedro Casañas Llagostera, al frente, iniciaron lo que ya es tradición. La celebración, cada año, y van con este 17, sin interrupción, de esta cena jocosa, que uno de los comensales, designado al efecto, recoge en una Crónica, que se presenta, en un curioso libro, al año siguiente. En este año se ha entregado la Crónica número 16, con todo lo que ocurrió en la Cena de 1993, detalladamente recopilada por José María Pardo Crespo. Se hace esta Crónica para que quede constancia de lo que allí se dijo. Porque no todo es comer. Que entre plato y plato, entre sorbo y sorbo, a base de productos de la tierra, regados con caldos de estos pagos, los comensales levantan su voz y hablan de los temas entrañables de nuestro Jaén.

Gacelo, el pajarillo curioso, no ha faltado nunca a la Cena Jocosa. Esta de 1994 se celebró en la noche pasada, en La Económica, porque los Amigos de San Antón, de esta manera, han querido sumarse a esa conmemoración que se está haciendo del libro Retrato al natural de la Ciudad y Término de Jaén, publicado hace ahora doscientos años por el Deán Martínez de Mazas, a instancias precisamente de dicha Económica. Los Amigos de San Antón, después de haber sido convocados con atenta misiva del Criado Portugués, sobrepasaron con creces las once de la noche, no se durmieron y así estuvieron, de esta guisa gozosa, hasta las tantas de la madrugada, en las estancias de La Económica, atendidos por el director, Ricardo de Villegas Méndez-Vigo. Durante la cena, que los comensales pagan a escote, se encargó de escribir la Crónica de este año, a Ignacio Ahumada Lara, que para eso es, además de Amigo de San Antón, decano de la Facultad de Humanidades de nuestra Universidad. Lo hará ajustado a nuestro léxico como él sólo podrá hacerlo. En esta jornada de evocaciones jaeneras, Gacelo apuntó, con emoción incontenible, las ausencias, entre otras, por enfermedad, de Pablo Castillo y Manuel Caballero. Gacelo no cena nunca, porque la Providencia está siempre con él, en el campo y en la ciudad. Pero esta noche, el pajarillo compartió con todos la alegría inmensa de una cena singular.

El tiempo se ha cumplido. El Prioste quiere dilatar la llamada, pero rondan las dos y media...

Amigos: es hora ya de ir de recogida y es justo también que quede el festejo acabado. Ha sido una hoja más que hemos pasado en el devenir de estas entrañables Cenas, cumpliendo así su edición número diecisiete.

Queridas Cenas que nos congregan cada año, en confirmación de la realidad jaenera de esta Asociación de Amigos de San Antón, en una hermandad real que es su base y cimiento, sólidamente sostenido por el amor grande que sentimos hacia nuestro Jaén.

No es justo finalizar este acto, sin reiterar una vez más la expresión de nuestra gratitud, a la Real Sociedad Económica de Amigos del País, por el rasgo generoso de habernos acogido esta noche. Expresión que hacemos patente a su Director y Subdirector de la misma, con el ruego de que se haga extensiva a la Junta de Oficiales.

Al igual que decía el pasado año, la Cena acabada ya es historia. Mas no hemos de apesadumbrarnos por ello. Miremos hacia delante pensando ya en la Cena de 1995 que, aunque parezca lejana, es ya inminente. Y si no contad: "En cuanto se pase la Navidad, Semana Santa, el Verano y San Lucas, ya está el Criado Portugués enviando un nuevo recado de aviso y recordación".

Solo me resta decir a todos, poner de manifiesto, la gran satisfacción general expresada por el desarrollo de esta Cena de 1994, deseando de corazón, que la paz y la fraternal amistad, que son el denominador común de estas Cenas vuelva a repetirse en la Cena de 1995.

* * *

Luis XVI fue condenado a muerte por alta traición el 18 de enero de 1793 y ejecutado tres días más tarde. Fue la sentencia de muerte dictada contra el movimiento ilustrado, cuyas muestras de agotamiento como modelo reformista se habían manifestado con antelación alarmante. Piénsese que aún faltaba un año para que apareciera

Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén (1794), vademécum que fue de la Ilustración giennense.

Carlos III, el rey ilustrado por excelencia, había muerto en 1788 sin el convencimiento total de haber conseguido consolidar su proyecto de reformas. Las dificultades a las que tuvo que enfrentarse el monarca quedan minimizadas si las comparamos con los enemigos de la Ilustración a los que tuvo que enfrentarse, contrarios a todo aquello que supusiera liberalización mercantil, reforma educativa y secularización. Fernando Ceballos, por ejemplo, fue el más grande opositor que tuvo el benedictino Feijoo, quien fallecería en 1764. Piénsese que fray Diego de Cádiz recorrió el antiguo reino de Jaén en 1792 denunciando los males ilustrados.

De Alfonso VIII a los Reyes Católicos se dibujaron las fronteras del Santo Reino. Y cuando parecían inamovibles, tras casi tres siglos, los ilustrados dividen en dos provincias la unidad histórica forjada en la Baja Edad Media. Piénsese que luego fue reparado el desafuero.

.....

La Ilustración vino a Jaén cuando languidecía, mustia, sin fuerza para arremeter contra la indolencia y la apatía, el abandono de los campos y la industria, contra las obras pías, el monolitismo y la intransigencia. La Ilustración llegó a Jaén cargada de moderación, tan candorosa que apenas gestó algunos ilustrados perseverantes que alumbrarían reformas verdaderas con el desarrollo del liberalismo decimonónico, pero eso, Inés, QUÉDESE PARA MAÑANA.



San Antón Abad.- Antigua talla en la iglesia Parroquial de Castillo de Locubín.- (Fotografía gentileza de D. José Ureña Castro).

ADDENDA.

Lo que por falta de tiempo no pudo decir

Antonio Martos García.

TARDES DE TOROS

Amigos:

Un «Periodista», de cuyo nombre siento no acordarme, henchido de patriotero orgullo vino a escribir algo así como que nuestro país, a lo largo de su historia y en las más variadas facetas, había producido por parejas las grandes figuras que la jalonaban.

Como prueba fehaciente de su aserto, citaba, entre otras, a las siguientes: Isabel y Fernando, Daoiz y Velarde, Joselito y Belmonte, Ramón y Cajal, Menéndez y Pelayo...

A uno, (que en su poquedad no llega a tanto) le corroe el regomello al comprobar que ha necesitado dividir en dos partes, un mal hilvanado trabajillo sobre la feria de San Lucas que conoció en su niñez, cosa que cualquier mediana pluma habría hecho de una sola "tacá" con el añadido, además, de alguna que otra cuartilla sobrante.

Pero el dicho regomello se acrecienta, cuando comprueba que ha omitido tema tan importante, como el relato de aquellas tardes en las que se celebraban corridas de toros en la vieja plaza de la Alameda de Capuchinos, por lo que se encuentra ante el dilema de ignorar lo olvidado en beneficio de sus pacientes lectores, (caso de que los tuviera) o por el contrario exponerlo, ya que de no hacerlo así, su relato, además de confuso, resultaría incompleto.

Para autoconvencerse, se anima al pensar que hasta el mismísimo

Don Miguel de Cervantes, escribió su magna obra en dos partes, necesitando de otras cuatro para dar por finalizada la primera; eso sin contar con Don Guillermo Sautier Casaseca, que tantos capítulos hubo de menester para relatar a sus ávidos oyentes, las desventuras de una pobre muchacha que iba de la bondad de la «ama» Rosa, a la mala uva de la tía Marta, y que tantas tediosas tardes de invierno entretuvo al personal al calor del brasero de herraj aromado con su miaja de alhucema y bajo el abrigo de las faldillas de la mesa camilla.

Con este ánimo, encaro esta tercera intervención referida a aquellos recuerdos infantiles, debiendo desechar cualquier mal pensado, que por mi parte exista ningún tipo de mala conciencia por aquello de: «No quieres caldo, tres tazas» y asumiendo por contra, que con toda la razón se piense que: «A mala leña, buen brazao».

Al tiempo, he de advertir que soy un total ignorante (entre otras muchas cosas) del arte de la tauromaquia. Para mí, un ayudado por alto o una chicuelina, entran bajo el genérico calificativo de «pase». Ignoro lo que es un par al quiebro y lo de «corniveleto» o «bizco del pitón izquierdo», es algo que me tiene totalmente intrigado. En cuanto a lo de «meano» o «bragao», siempre los tuve por adjetivos impronunciabiles en presencia de menores.

Por tanto, en esta ocasión me referiré solamente al ambiente de nuestra ciudad en tardes de toros.

Las figuras intervinientes, faenas realizadas, trofeos y aún el nombre de los toros, queda para ese gran aficionado, seguidor de «su» torero hasta más allá de nuestras fronteras y miembro de esta Confraternidad, D. Juan Castellano, erudito donde los haya de la llamada «fiesta nacional» y al que no dudaría en aplicar con todo merecimiento, el honroso calificativo de «Licenciado en tauromaquia», pues no en balde realizó con total aprovechamiento un curso sobre tan transcendente materia en la Universidad de Verano de Baeza, donde he oído que polemizó de forma fogosa con las personas encargadas de impartir tan importantes saberes.

Hecho este preámbulo que a algunos les habrá parecido largo, innecesario a otros y a los más farragoso, demos comienzo al relato.

Para cuando llegaba la feria, la mayoría de las gentes del campo

habían «levantao el hato» y los que quedaban en las caserías y cortijos, casi todos disponían en la ciudad de una habitación con derecho a cocina, que era usada para esta ocasión, cuando se venía al médico o el día de Viernes Santo para ver la procesión de N. P. Jesús.

Puede decirse que, aparte de los forasteros, Jaén se llenaba con las buenas gentes del campo que, con ojos muy abiertos, contemplaban todo aquél trajín.

Las tardes en que se celebraban corridas de toros, dos o tres parejas de bomberos procedían al previo regado de las principales calles por las que había de transitar el personal, ante la indiferencia de la chiquillería que no los desafiaba como en el verano, con la cancioncilla aquella de:

*La manga riega
aquí no llega,
por que Pepito
no va a la escuela*

que visto así, como quien dice a distancia, no tiene plausible explicación el alcance del chorro de agua, con que el Pepito en cuestión hiciera la «rabona», aparte de que no se daba la confluencia de calor y vestimenta de ropilla, con la temperatura de octubre y el ir ateados con trajecillo y zapatos nuevos, por lo que los susodichos bomberos podían emplearse a fondo en su cometido sin desafíos que los distrajeran.

Eramos muchos a los que nos gustaba ir a la puerta del «Hotel Comercio» sito en la calle Hurtado, para ver cargar sobre las bacas de potentes coches «Hispano-Suiza», los esportones conteniendo los trebejos necesarios para la lidia, al tiempo de ver salir pisando de forma pesada el suelo de olambrilla de aquella casona provista de hermoso patio, a los recios picadores que ya llevaban forradas de chapa sus piernas, así como al resto de las cuadrillas, cuyos componentes daban nerviosas chupadas a casi consumidos cigarrillos.

Adosado a las referidas bacas y como formando parte de las mismas, aros de hierro sujetaban enormes botijos de fresca agua.

Una vez presenciado lo anterior, salíamos «flechaos» y, atajando por el «callejón de la mona», nos plantábamos frente al «Hotel Rosa-

rio», bajo cuya adintelada puerta de clavazón y atravesando suntuoso patio de suelo de mármol y bellas columnas, que en aquellas horas de la tarde estaba en penumbra por el toldo que lo cubría, salían los «maestros» portando en el antebrazo preciosos capotes de paseo y con apenas insinuadas sonrisas en sus serios semblantes un poco pálidos, ocupaban los asientos traseros de coches de aerodinámicas líneas conocidos como «haigas», poniendo rumbo al coso de la Alameda.

La banda de música, salida del ayuntamiento, se dirigía a la plaza de toros interpretando alegres pasodobles que hacían levantar de sus asientos a los más renuentes y encaminarlos en derechura a las taquillas.

Detrás, una caterva de zagales bailoteando, seguía a los músicos, presentándoseles, mediada la adoquinada Carrera, el tremendo dilema de seguirlos o empezar a berrear de forma descompuesta tratando de imitar el balido de las ovejas. Por una de las aceras, de sotanilla y bonete, los seminaristas en larga fila, se encaminaban a pasear al segundo paso a nivel.

Por la otra acera, rostros atristados, rapadas las cabezas excepto un lacio flequillo que les caía sobre la frente, vestidos con largos mandilones a rayas y dándose la mano unos a otros, bajaba cumplida fila de niños del hospicio seguidos a prudente distancia por algunas madres y bajo la severa mirada de unas monjas cubiertas por amplias tocas.

En la Puerta del Angel y aledaños, zagalones de cambiante voz ofrecían «almohadillas pa los toros», hechas con dos hojas de papel de periódico cosidas entre si por largas puntadas de hilo «tonto» y conteniendo en su interior pajón.

Los había que pregonaban «moñas y jazmines» sobre tapas de cajas de zapato, no faltando los vendedores de «gaseosas frescas» de aquellas de bola y que llevaban metidas en cubetas de chapa con agua.

Por allí andaba también el propietario de una ruleta que por unos céntimos permitía hacer tirada en la seguridad de que siempre tocaba algún que otro barquillo de canela, más bien menos que más, pero que en nada desdecía el título de su negocio: «para todos sale el sol».

Junto al pilar adosado a la pared del convento de las Bernardas y que aún no había sido blasonado por los desvelos de celoso alcalde, Quesada, sempiterno soldado de la Cruz Roja, amén de eficaz mozo de la Alsina Graells y corredor pedestre en las carreras que organizaba «Educación y Descanso», contaba las almohadillas de desastrado aspecto hechas de lona y borra que, para ayuda de la dicha Cruz Roja, se ponían a la venta.

Almohadillas que poco después serían arrojadas al ruedo como protesta del respetable ante cualquier deslucida faena. Todo ello, bajo la atenta mirada del muy condecorado capitán Calahorro, quien ya había recibido la novedad del incombustible sargento Zamora, blanqueador de profesión, el que con marcial braceo, comandaba variopinta tropilla vestida de forma no muy ortodoxa que, portando a las espaldas plegadas camillas de lona en las que la limpieza brillaba por su ausencia, o cargando sobre los hombros largos y redondos palos de madera, se dirigía a la plaza con descompasado paso.

Esta tropilla, que se acrecentaba de forma sospechosa en los días de corrida, estaba en su mayoría compuesta por hermanos, cuñados, hijos o sobrinos del antes mentado Zamora, con lo cual, todo quedaba en familia.

Armados con mosquetones, atravesaba el Portillo de San Jerónimo nutrido piquete de guardias civiles encargados de mantener el orden, junto con la Policía Armada, en el interior de la plaza.

En la puerta abierta a este costado del coso taurino, Godino, poseedor de fiero y encanecido bigote amén de antecedentes republicanos, daba algunos pescozones a avispados zagales que, asiendose a la mano de personas mayores, pretendían colarse alegando que eran hijos. Y es que Godino conocía el paño.

Frente a la puerta principal de la plaza, rematada por airoso balconcillo, se ofrecían en grandes barreños frescas gaseosas de bola cubiertas por barras de hielo. Vendedores de «pirulís de la Habana» y de la «gallinita americana», hacían su agosto, y si el sol apretaba, se vendían unos polos de desabridos sabores y fuertes colores que, después de unas chupadas, dejaban al descubierto un trozo de hielo y la lengua y labios como si hubieran sido entintados.

Atrevidos mindones, arracimados sobre las altas ramas de añosos árboles, contemplaban la corrida por encima del destrozado tejado de la plaza, sin preocuparse de los requerimientos del guarda ni del peligro de costalada.

De la mano de mi abuelo Amador, propietario de un estanco en la calle Tablerón y aficionado al arte de «Cúchares», asistí a alguna que otra corrida de toros, accediendo a la plaza a través de la vivienda de Hipólito, el viejo y algo huraño conserje, con el que le unía una buena amistad, aparte de la relación proveedor-cliente. Hipólito era empedernido fumador, por lo que sospecho que además de lazos afectivos y de relación comercial, debió de mediar algún «cuarterón» de tabaco de aquellos llamados «coloraos» procedentes de la Tabacalera de Cádiz y que al decir de los fumadores de entonces, acostumbrados a liar cualquier tipo de hoja seca en un trozo de papel, era el no va más. Que eran tiempos de escaseces y cartillas de racionamiento.

El espectáculo, visto a través de los ojos de un niño, era fascinante.

La banda de música interpretando «Ragón Falez» o «Churumbelerías», los toreros embutidos en sus bellos vestidos de torear haciendo el paseíllo; mantones de Manila sobre las barandas de los palcos o adornando las localidades de barrera y abanicos, muchos abanicos. De toda clase y colores que, vistos a distancia, semejaban mariposas aleteando sobre el rostro de las espectadoras.

Bullicio, mucho bullicio. Murmullos de conversaciones, algún nombre dicho a gritos para llamar la atención del amigo, pregones de vendedores, humo de puros guardados para la ocasión, comprados sabe Dios a quién y a qué precio...

Del ruedo se decía que era el más grande de España, sin que uno acertara a distinguir lo que había de realidad o de orgullo local. Sí recuerdo que era mayor que el actual y que estaba inclinado hacia el portón del patio de caballos, siendo el suelo de arena de río. Cuando llovía, se hacían grandes surcos con natural inclinación hacia el mentado portón.

Un menguado Ford de pedales, provisto en su parte trasera de depósito y un tubo agujereado por donde salían chorros de agua, comenzaba dar vueltas, dejando la arena regada, faena que repetía

mediada la corrida, evitando de esta forma el mucho polvo que la carrera de los astados levantaba.

La plaza, en aquellos tiempos de propiedad particular, estaba bastante deteriorada, dándosele un «charipeo» para la feria de octubre y así ir tirando hasta la siguiente.

Su graderío, de piedra oscura labrada someramente, tenía hacia la mitad un ancho pasillo, estando separadas las localidades de barrera del callejón, además de por la altura, por un recio cable hecho de alambres retorcidos que circundaba la plaza pasado a través del «ojo» de hierros embutidos en la piedra.

Se podían apreciar muchos bloques de bien labradas piedras de igual color que la de los graderios, pero de distintas formas y tamaños, denotando así su procedencia del derruido convento de los frailes capuchinos.

Francisco, ayudado por su hijo Cristóbal y otro de su mismo nombre y por mal apodo «el cornuo» por su antigua profesión de boyero, cántaro de barro asido por una de sus asas y un par de grandes vasos metidos en un posavasos que colgaba de su cuello, pregonaba agua fresca a «perra gorda la panzá», dando de beber a la concurrencia en tales vasos que de vez en cuando eran enjuagados someramente y sin que se produjera, que se sepa, ningún tipo de epidemia.

Cántaros que cuando se agotaban, eran repuestos en el cercano pilar a que antes me he referido y donde alguna vez, y lanzado por unos chuscos que previamente lo habían sacado a hombros, había ido a parar Pepe «el del Tejadillo», inveterado «maletilla» que se fue al otro mundo soñando con imposibles faenas hechas a toros de Miura.

Después de la corrida, el «Ideal Bar», el «Marfil» o las aceras y el centro de la plaza del Mercado, señoreada por sus altas palmeras, se convertían en una enorme tertulia de aficionados donde se comentaba todo lo presenciado y se pontificaba sobre la faena que cada uno hubiera hecho en según y en qué momento.

Aún cuando queda un tanto a trasmano de este relato sobre las tardes de toros en la feria de Octubre, quiero traer a colación un suceso de índole taurina que conmocionó profundamente a toda la población, con especial incidencia en el barrio de San Ildefonso.

En una aciaga tarde del mes de abril de 1942, fue herido de muerte por un compañero de profesión, un buen peón de brega y aseado banderillero que tenía su domicilio en La Puerta del Angel, frente al convento de las Bernardas y a un costado de la taberna de «La Carraca». Se apellidaba Prada.

Dejó cinco hijos y su mujer, trabajadora incansable, se ayudaba a sacarlos alquilando por un real los capotes de brega que los chiquillos de entonces empleábamos en jugar a toros y toreros.

Si además del anterior, conseguíamos reunir otro aún cuando fuera en un manoseado sello de dicho valor facial (los tiempos eran tan duros que no había ni moneda fraccionada) para darlo a Hipólito como portazgo de acceso a la plaza de toros y poder organizar allí la «corrida», la cosa alcanzaba cotas inmarcesibles.

Con esto, doy fin a lo que cualquier pedante hubiera calificado de «trilogía ferial», al tiempo que, con toda humildad, pido disculpas a tan pacientes lectores por haberme soportado.

Y puesto que de toros hablamos, que Dios reparta suerte y a mí me otorgue abundante perdón y pronto olvido por la faena (literaria, se entiende) que os he hecho.

Muchas gracias.



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
EN LA MUY NOBLE, FAMOSA Y
MUY LEAL, CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE
GRÁFICAS CATENA,
DE JAÉN, EL DÍA
25 DE NOVIEMBRE
DE 1995, FESTIVIDAD
DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA.



ALCO
ACER

